



#25

Junio 2022

El ejercicio del **pensar**

**Reconstruir
la totalidad.
Una apuesta
desde el
marxismo
latinoamericano**

Agustín Cueva,
30 años después

PRIMERA PARTE

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

Sofía Lanchimba
Andrés Tzeiman
Claudio Katz
Alejandro Moreano

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Herencias
y perspectivas
del marxismo**



CLACSO



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Directora Ejecutiva
María Fernanda Pampín - Directora de Publicaciones

Equipo Editorial

Lucas Sablich - Coordinador Editorial
Solange Victory y Marcela Alemandi - Gestión Editorial

Equipo

Natalia Gianatelli - Coordinadora
Cecilia Gofman, Marta Paredes, Rodolfo Gómez, Sofía Torres,
Teresa Arteaga y Ulises Rubinschik.

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO
Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais
Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> |
<www.clacso.org>



Este material/producción ha sido financiado por la Agencia Sueca de Cooperación Internacional para el Desarrollo, Asdi. La responsabilidad del contenido recae enteramente sobre el creador. Asdi no comparte necesariamente las opiniones e interpretaciones expresadas.

Coordinadora

María Elvira Concheiro Bórquez
Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias
y Humanidades
Universidad Nacional Autónoma de México
elvira.concheiro@gmail.com

Editor

Jaime Ortega Reyna
gtmarxismo@gmail.com

Coordinadores de este número

Sofía Lanchimba
Andrés Tzeiman

Facebook (a cargo de Miguel Meléndez):
<https://www.facebook.com/Herencias-y-perspectivas-del-Marxismo-Gt-Clacso-159187474621120>

Nuestro boletín se titula **El ejercicio del pensar** en honor a **Fernando Martínez Heredia** (1939-2017), marxista cubano, caribeño y latinoamericanista.

Contenido

**5 El marxismo,
América Latina
y la reconstrucción
de la totalidad**

En memoria de
Agustín Cueva,
30 años después

Andrés Tzeiman
Sofía Lanchimba

14 Agustín Cueva hoy
Política y literatura

Alejandro Moreano

**50 Críticas
y convergencias
con la teoría
de la dependencia**

Claudio Katz

El ejercicio del **pensar**
Número **25** · Junio 2022

El marxismo, América Latina y la reconstrucción de la totalidad

En memoria de
Agustín Cueva,
30 años después

Andrés Tzeiman*
Sofía Lanchimba**

El 1° de mayo de 1992 se producía el fallecimiento de uno de los intelectuales más importantes de la sociología latinoamericana en las décadas precedentes: el pensador ecuatoriano Agustín Cueva. Este año, entonces, se cumplen 30 desde aquella inconmesurable pérdida.

* Invitado por el Grupo de Trabajo CLACSO Herencias y perspectivas del marxismo para co-coordinar este número. Dr. en Ciencias Sociales (UBA) y autor del libro Agustín Cueva: marxismo y política en América Latina (Quito, Abya Yala, 2017)

** Integrante del Grupo de Trabajo CLACSO Herencias y perspectivas del marxismo. Doctora en Sociología por la UNAM.

En ese marco, recuperar los aportes de Cueva podría tratarse de un simple ejercicio de conmemoración, o bien, del cumplimiento de una suerte de obligación con nosotros mismos, al honrar la memoria de un mojón destacado del pensamiento crítico latinoamericano.

De esa manera, la serie de boletines que estamos presentando ciertamente tiene el propósito de cumplir tales objetivos, ya que conmemorar el pasado y honrar nuestra memoria colectiva también es en parte sentar las bases para la construcción del futuro. Pero, a su vez, las páginas que siguen a esta breve introducción no se detienen en esa tarea, sino que también buscan recuperar de manera viva el legado de Agustín Cueva. Ahora bien, ¿en qué consistiría ese legado? Los textos que estamos publicando en esta serie de boletines se abocan precisamente a elaborar una respuesta ante ese interrogante, pues cada uno de los trabajos intenta seguir reflexionando acerca de la productividad teórica y política de una obra que, pese a haber sufrido una temprana interrupción 30 años atrás, creemos que hoy todavía tiene mucho para decir.

En ese sentido, el título que le hemos asignado a esta introducción no resulta casual. Porque, justamente, en él están presentes las claves de la recuperación de Agustín Cueva que trataremos de proponer a quienes lean los textos aquí compilados.

La primera clave es, por supuesto, el marxismo. Como adelantamos más arriba, la partida física de Cueva se produce muy poco tiempo después de la caída del Muro de Berlín. Como él mismo lo definió en la coordinación de un libro que estuvo a su cargo, se trataba de *tiempos conservadores*, en el marco de un proceso de notoria *derechización de Occidente*. Porque si los ochenta, tal como lo retratará el propio Cueva en el posfacio a *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, fueron años de una *crisis de alta intensidad* para las izquierdas, los años noventa fueron una década en la que se plasmó de manera franca una contundente derrota político-ideológica. Tanto es así, que en el artículo titulado “Sobre exilios y reinos”, publicado en el año 1988, Cueva ya había señalado el potente retroceso ideológico experimentado por la intelectualidad de izquierdas en la década del ochenta. Por lo tanto, creemos que allí reside una estela

irreemplazable de su biografía político-intelectual: Cueva fue miembro del reducido club de los derrotados de los años ochenta, quienes, aun en la adversidad, siguieron insistiendo en la validez y la vigencia del marxismo como el “horizonte insuperable de nuestro tiempo”. Así, en tiempos de una izquierda intelectual a la deriva, que sufría el asedio ideológico propio de un neoliberalismo avasallante a nivel global, Cueva persistió en la condición insustituible de los clásicos del marxismo y su legado para explicar las transformaciones en curso a nivel regional e internacional. De ese modo, aquello que por esos años fuera identificado con una ortodoxia incommovible, se trató más bien de un gesto combativo (una “contra-curvatura del bastón”, diría Lenin) ante el giro conservador que ocurría en ese entonces en nuestras ciencias sociales, empecinadas en celebrar las bondades de unas democracias que, como señalara Cueva poco tiempo antes de su fallecimiento, se consolidaban bajo la forma de una cabal negación del desarrollo económico, la soberanía política y la justicia social. Por eso, su obstinamiento en sostener la vigencia del marxismo no era otra cosa que, utilizando las palabras de Louis Althusser, el modo específico a través del cual seguir librando la lucha de clases en el terreno de la teoría. De allí la actualidad de Cueva: más allá de las cambiantes modas intelectuales importadas de alguna de las naciones capitalistas avanzadas, mientras continuara existiendo la explotación capitalista, el marxismo seguiría más vivo que nunca. Menuda lección, que no deberíamos olvidar en nuestros días.

La segunda clave es, inevitablemente, el lugar de América Latina. La biografía de Cueva es en ese sentido inexcusable. Ecuatoriano de nacimiento, se formó y ejerció profesionalmente la docencia en su país natal, en el cual participó de sus primeros emprendimientos editoriales y le dedicó algunas de sus obras más importantes (en particular, sus dos primeros libros). Pero luego inició una travesía decisiva por América Latina: primero su breve paso por Chile (donde coincidió con la experiencia de la Unidad Popular), luego su larga inscripción en México (la meca regional de los estudios latinoamericanos), y no podemos olvidarnos de su corta estancia en Brasil durante la segunda mitad de los años ochenta. Asimismo, debemos mencionar los seminarios, congresos y conferencias compartidos junto a los más destacados intelectuales de su época,

pertenecientes a las distintas latitudes de nuestra extensa región. Y si faltaba más, no es producto del azar que su libro más rutilante y más ampliamente conocido fuera *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, en el cual nuestro autor demuestra un conocimiento riguroso de las luchas históricas libradas por los pueblos oprimidos en toda la geografía de Nuestra América.

Sin embargo, es probable que lo dicho en el párrafo precedente constituya un modo superficial de expresar esa “latinoamericanidad” tan característica de Cueva. Porque seguramente aquello que resultó sustantivo en su trayectoria intelectual fue su vocación ininterrumpida de pensar siempre el marxismo *desde* América Latina. Efectivamente, allí podemos encontrar una tensión permanente en Cueva, afincado por completo en el panteón clásico del marxismo: Marx-Engels-Lenin (él mismo se autodenominaba orgullosamente como un “marxista-leninista”). Sabemos ya de antemano las dificultades que supuso para las tradiciones político-intelectuales autóctonas apropiarse *creativamente* del legado de los clásicos. No obstante, en Agustín Cueva existía un fuerte antídoto frente a ello: el de radicar ineludiblemente sus razonamientos en el marco de las luchas que los sujetos sociales y políticos *realmente existentes* en nuestra región desplegaban contra sus enemigos de clase. Así, en su pensamiento inevitablemente mariateguiano, sus referencias a Lenin, Kautsky o Althusser se entremezclaban con las batallas sociopolíticas de campesinos, indígenas, estudiantes y obreros mineros. Tal es la explicación de la mixtura tan singular que nos brindó Cueva en su forma de pensar y desarrollar la teoría marxista desde América Latina.

Y, por último, la tercera clave, vinculada a la relación entre las dos anteriores, es la reconstrucción de la totalidad como un signo imborrable en el conjunto de la obra de Agustín Cueva. En ese sentido, en sus diferentes escritos siempre estuvo presente la teoría del imperialismo de Lenin, cuya vitalidad, en los textos de Cueva, residía en dos dimensiones cruciales. Por una parte, en la necesidad imperiosa de escrutar y analizar el capitalismo a partir de su condición y funcionamiento internacional. Porque si Marx en el *Manifiesto comunista* había sentenciado con firmeza que el capitalismo se había convertido en un sistema mundial,

Lenin había brindado al movimiento socialista una herramienta crucial para interpretar e intervenir políticamente en su etapa universalizadora más avanzada. Pero, por la otra parte, la teoría del imperialismo tenía notables consecuencias políticas. Porque con ella se ponía de relieve que una cadena vale por su eslabón más débil; es decir, que podría quebrarse allí donde se exasperan todas las contradicciones. Por lo tanto, la obsesión de Cueva por atender de manera *situada* a la reconstrucción de la totalidad social radicaba en su más ferviente preocupación política: el desencadenamiento de procesos revolucionarios en cada rincón de América Latina. Su mirada, por ende, no perdía de vista que aun el fenómeno más reticular debía ser pensando y analizado desde una perspectiva que contemplara la totalidad social. Por supuesto, su inscripción marxista indicaba que esa totalidad de ningún modo se presentara indeterminada. Pero, al mismo tiempo, al tener un ojo siempre puesto en las luchas sociales y políticas, el marxismo de Cueva no debía incurrir jamás en un determinismo. Tanto es así que su crítica al dependentismo (en el artículo titulado “Problemas y perspectivas de la teoría de la dependencia”, del año 1974), se concentró precisamente en la necesidad de pensar dialécticamente la subordinación de los países latinoamericanos a nivel mundial y las luchas de clases libradas a lo largo y a lo ancho de la región. Así, cada lucha y cada instancia específica de contradicción tenía su valor como campo de análisis, pero como parte de esa *red sobredeterminada de relaciones* que constituye la totalidad.

De acuerdo con el recorrido realizado en los párrafos anteriores, aparece entonces el vínculo que anticipamos más arriba: el tridente conformado por el marxismo, América Latina y la reconstrucción de la totalidad. Una triada que el pensamiento de Agustín Cueva nos dejaría como una marca indeleble.

Ahora bien, podríamos continuar esta introducción con una larga lista de temas y problemas que atravesaron la obra de Cueva y que nos quedan como un valioso legado crítico. Porque podríamos preguntarnos, siguiendo los aportes del sociólogo ecuatoriano: ¿Acaso los tiempos conservadores y la derechización de occidente, acompañados por una concomitante ofensiva ideológico-cultural de orden mundial, no se

presentan a la orden del día?¿y el fascismo en América Latina?¿no es hoy una seria amenaza para la región, como lo prueba el trágico fenómeno del bolsonarismo en Brasil?¿qué decir de la actualidad de la dependencia y el imperialismo, frente al acoso incesante de los organismos financieros internacionales sobre la históricamente negada autonomía de nuestros países?¿y cómo no seguir hablando de “las democracias restringidas en América Latina”, cuando los “poderes permanentes” asedian sin límite a cualquier gobierno que se aparte un centímetro de los intereses del gran capital? Evidentemente, a la luz de estas preguntas (y de muchas otras que podríamos formularnos a la par de ellas), los grandes dilemas que ocuparon las reflexiones de Agustín Cueva, junto con sus anhelos de emancipación para América Latina, todavía siguen pendientes. Los textos que componen esta serie de boletines son el resultado de ese espectro de Cueva que continúa sobrevolando nuestro presente.

Los trabajos están organizados en tres números. En el primer boletín Claudio Katz y Alejandro Moreano, desde diferentes aristas presentan miradas panorámicas a la obra del sociólogo ecuatoriano. Katz en su artículo *Críticas y convergencias con la teoría de la dependencia* reconstruye históricamente el debate que mantuvo con los teóricos de la dependencia, acentuados por una época en la que la definición de estrategias políticas se trasladaba también al plano de las discusiones intelectuales. En tensión con la época se produce una convergencia en la década de los ochenta mediada, nuevamente, por las posturas políticas que asumen tanto Cueva como la corriente dependentista de línea marxista: la crítica al posmarxismo y a la tutela militar en las transiciones democráticas. Este intenso debate contribuyó, como lo sostiene el autor, a identificar el estatus de América Latina: en el plano económico es subdesarrollada, en la división internacional del trabajo es periférica y en el aspecto político es dependiente.

En el artículo *Agustín Cueva hoy: política y literatura* Alejandro Moreano identifica las diferentes articulaciones que existen entre la literatura, la teoría social y el discurso político en la obra de Cueva. En sus dos primeras obras *Entre la ira y la esperanza* y *El proceso de dominación política en el Ecuador*, dedicadas a su país de origen, desarrolla un

énfasis en la literatura y la historia. A la primera volverá en sus últimos años cuando regresa a Ecuador y la segunda le acompañará de manera ineludible. Pues, como sostenía “en una de sus fronteras, la sociología es inevitablemente una teoría de la historia”. A la estrecha relación entre literatura, teoría social y discurso político de sus primeros años se fue imponiendo el discurso sociológico (sus años de mayor producción están dedicados a los estudios económico-sociales). El regreso al plano literario se produce con *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, publicado póstumamente y en donde registra estudios sobre literatura latinoamericana. En la literatura como en toda su obra pasará de Ecuador a pensar América Latina.

En el segundo boletín Fernando Correa Prado, David Chávez y Jacqueline Artieda se ocupan de temas teóricos puntuales en donde se entretajan la tercermundización de su marxismo, los aportes locales de su latinoamericanismo (Brasil y Ecuador) y la insistencia por reconstruir la totalidad. En el artículo *Atualidades do livro Teoria marxista: categorias de base e problemas atuais, de Agustín Cueva* Prado se ocupa de la obra teórica más importante de Cueva. Le interesa ofrecer claves de lectura crítica y de actualidad de esta obra. Al mismo tiempo plantea un diálogo a partir de la recepción y usos actuales de su pensamiento en las discusiones en Brasil. Pues la teoría y la política articuladas en Cueva constituyen herramientas que nos ayudan a comprender el desarrollo del capitalismo en nuestros países en el camino a superar los tiempos conservadores que nos acosan.

David Chávez en su artículo *Tercermundización del marxismo: la presencia de Althusser en la obra de Agustín Cueva* pone en diálogo la obra de Althusser y la de Cueva para observar similitudes en el ejercicio teórico que, desde distintas latitudes, emprenden estos intelectuales. Por un lado, el trabajo teórico de ambos autores puede ser leído desde el concepto *tercermundización*. Es decir, “un ejercicio teórico que desplaza la atención hacia las particularidades de los capitalismos periféricos y devuelve una generalización teórica renovada para la explicación marxista del capitalismo mundial en su conjunto”. Su fundamento radica en el leninismo del que ambos abrevan. Por otro lado, describe una posible

interacción entre los conceptos de *estructura* (Althusser), *modo de producción* y *formación social* (Cueva). Estos pueden ser rastreados en las problemáticas del subdesarrollo capitalista y del Estado capitalista subdesarrollado.

Para cerrar el segundo boletín, Jacquelin Artieda en el artículo *Agustín Cueva y la doble condición del “desarrollo desigual”: dependencia y deriva autoritaria* recupera el debate que mantuvo con la teoría de la dependencia y el carácter del Estado en los capitalismo periféricos. Especialmente se detiene en los conceptos *subdesarrollo desigual* y *superexplotación*. En cuanto al Estado, retoma su caracterización y las tareas que debe asumir, a saber, asegurar la existencia de una mano de obra barata. Lo que, retomando a Lenin, conlleva a la acumulación de contradicciones. Al igual que Prado ofrece usos del pensamiento de Cueva en la actualidad, esta vez para el caso ecuatoriano.

El tercer boletín reúne los textos de Carolina Hernández Calvario y Oscar David Rojas Silva, Tomás Quevedo y René Báez. Los dos primeros artículos comparten la preocupación por los tiempos conservadores, para los primeros esta se traduce en la necesidad de una teoría de la transición y en el segundo en la perspectiva crítica del quehacer sociológico. De René Báez recuperamos un artículo de su libro *Disidencias en Disneylandia*.

Hernández y Rojas en el artículo *El método y la transición en Agustín Cueva* hacen énfasis en el rescate del método (especialmente el método dialéctico y el análisis de clase) para emprender un trabajo teórico pendiente que tenga en cuenta la *transición*. Algunas de las *zonas de transición* serían: “i) los trabajadores asalariados a los subcontratados, ii) los productores libres independientes, o proveedores de las cadenas globales de valor, iii) los trabajadores cooperativistas”. Como refieren lxs autorxs, la recuperación teórica y metodológica de Cueva puede ofrecer pistas para caracterizar los tiempos que corren.

Quevedo en el artículo *Tras las huellas de la sociología latinoamericana en la segunda mitad del siglo XX. Notas de dos ensayos de Agustín Cueva*

se enfoca en el devenir de la sociología ecuatoriana en las décadas de los setenta y ochenta. Especialmente se detiene en el ensayo *Sobre exilios y reinos II: notas críticas sobre la socialdemocratización de la sociología sudamericana*. Para Cueva la transformación de las ciencias sociales está relacionada con transformaciones sociopolíticas. Lo que observa en esos años es el paso de una sociología radical a una visión tecnocrática del análisis social. Su preocupación en los objetos de estudio transita de la revolución a la democracia y del sociólogo protoguerrillero al técnico de proyectos.

A lo largo de los textos palpita la necesidad de un Cueva para nuestros tiempos; uno que no segmente el conocimiento en compartimentos, sino que invite a reconstruir la totalidad; que ofrezca respuestas para los tiempos que corren a través de renovados ejercicios teóricos y que, como Cueva, responda a las geografías que habitamos para que el quehacer sociológico e intelectual no sea sólo “un mar de datos con un centímetro de profundidad”.

En resumidas cuentas, retornamos a Cueva porque sus libros insisten en saltar desde nuestras bibliotecas, sus debates vuelven a irrumpir en nuestras lecturas, y se presentan, una vez más, sin pedirnos permiso, tan polemistas e irreverentes, 30 años después.

Agustín Cueva hoy

Política y literatura

Alejandro Moreano*

I. Política y marxismo

A fines de los años sesenta, Agustín Cueva sorprendió a todos con una pequeña obra de teatro sobre fray Gaspar de Villarroel. El conflicto que Agustín indagaba era el del intelectual de un país colonizado. A su llegada a España, Villarroel pretendía en vano que lo consideraran un escritor español en el exilio y no un americano. En esa imagen, Agustín realizaba una mordaz caricatura de los intelectuales ecuatorianos que intentan pensar en inglés.

Agustín era el intelectual opuesto a fray Gaspar de Villarroel. Ciertas vidas se corresponden tan profundamente con su época, que en ellas ciclos vitales e históricos son idénticos. La vida intelectual de Agustín fue una sola con la época que nació con la Revolución Cubana y culminó con el desmoronamiento de la URSS y del Este europeo. El desarrollo de su pensamiento, sus mutaciones y desplazamientos, estuvieron marcados por las fases y virajes de los procesos sociales y políticos del Ecuador, de América Latina y del mundo.

* Invitado por el Grupo de Trabajo CLACSO Herencias y perspectivas del marxismo para participar de este boletín. Ensayista y escritor ecuatoriano.

En las décadas de los 60 y 70, la primera fase de la escritura de Cueva, la revolución cubana –junto a la guerra de Vietnam- había provocado una profunda conmoción cultural e ideológica y una gran radicalización de los jóvenes intelectuales. De hecho, Cuba promovió el ingreso de América Latina en la escena universal y su impacto en la dinámica cultural y política europea y norteamericana. Los grandes movimientos juveniles, particularmente el Mayo Francés, se sintieron herederos de Vietnam y de la revolución latinoamericana, y el Che y el Tío Ho fueron sus símbolos. Las culturas contestatarias –los beatniks y el movimiento hippie- tuvieron en la resistencia a la guerra de Vietnam y en el imaginario insurgente latinoamericano uno de sus estímulos y orígenes. América Latina se volvió contemporánea del mundo en la medida en que el mundo devino en contemporáneo de América Latina.

En ese marco, surgieron lo que podríamos denominar “guevarismo” -el humanismo radical del CHE-, la teoría de la dependencia y la teología de la liberación, pensamientos todos ellos de alcance universal, amén de otros procesos significativos como la *pedagogía del oprimido*, la comunicación popular, el *cinema verdad* del Brasil, el *cine pobre* boliviano de Sanjinés, la *canción protesta* y la revalorización de la música popular junto a la radicalización del rock, una poesía agitacional y movimientos de vanguardia inmersos en un imaginario artístico que combinaba guerrilla con ayahuasca, Maiakowsky con Allen Gisberg, Brecht con Henry Miller, Gardel con Charlie Parker...

Sin duda fueron Sartre y Fanon, Marcuse y el tío Ho las figuras de la época que ejercieron la mayor influencia en la intelectualidad radical, sobre todo en la primera fase de los 60, la de los movimientos guerrilleros.

Historia y literatura

En la primera fase, Agustín vivió un doble tránsito: del ensayo literario y social a la investigación sociológica; de una formación clásica —Max Weber, Durkheim— al marxismo. Las obras fundamentales de Cueva en esa fase fueron *Entre la ira y la esperanza* y *El proceso de dominación*

política en el Ecuador, que incluía un imaginativo análisis de Velasco Ibarra.

Eran los tiempos en los que el desarrollismo —desde las tesis de la CEPAL a las del “dualismo estructural” - había entrado en crisis y emergían las formas libertarias del pensamiento revolucionario —Mao Tse-tung y el tío Ho, Fanon, el Che—, espacio social e histórico análogo a aquel en el que se formó el joven Marx.

El pensamiento de Cueva se movió en el seno de ese proceso complejo y conflictivo. En los contenidos teóricos y políticos, y también en la forma: el paso, tenso y acuciante, del ensayo al discurso sociológico.

Con relación a la forma y a los criterios de validez del discurso, el desarrollo de Agustín Cueva fue diferente del de otros científicos sociales latinoamericanos que provenían de una formación académica - economistas y sociólogos- y de los organismos internacionales.

Si bien era sociólogo, Agustín Cueva tenía una valiosa formación literaria, y durante buena parte de los años sesenta desarrolló su actividad intelectual en relación con los movimientos literarios y políticos del Ecuador, en particular con el tzantzismo. Es decir, no en la relación de la sociológica con el proceso político sino en la existente entre literatura y política.

Su primer libro, *Entre la ira y la esperanza*, de 1967, expresa ese nexo y, a la vez y sobre todo, la vida cultural dominante de la época. Allí, todos los conflictos señalados encuentran una rica resolución, según lo veremos en la segunda parte del presente texto

El proceso de dominación política, su segundo libro, de 1972, contiene dos partes. En la primera, Cueva esbozó un panorama de la historia política del Ecuador del siglo XX. En la segunda, luego de una interpretación sociológica e histórica del velasquismo, Cueva realizó un agudo y novedoso análisis de la figura mítico-simbólica de Velasco Ibarra.

En *El proceso de dominación política*, Agustín Cueva se adentró cada vez más en el terreno de las ciencias sociales a partir de su propia evolución. Su educación sociológica inicial se inscribió más bien en una línea clásica —Durkheim, Weber—, y su posición política, en la izquierda y en el marxismo. Su desarrollo intelectual, del cual esta obra es una de las primeras manifestaciones, fue un proceso de continua formación y elaboración de un marxismo de raíces más sociológicas y políticas que económicas y filosóficas.

Por otra parte, esa formación clásica empató con el marxismo de ciertas formaciones de la izquierda latinoamericana. Así, las tesis del “dualismo estructura”¹ para definir a las economías y sociedades latinoamericanas, que provenían de la sociología clásica, se transfiguraron en las tesis de los partidos comunistas de América Latina, que caracterizaban a los países latinoamericanos bajo la conceptualización de economías y sociedades semif feudales y semicoloniales. A la vez, la metodología weberiana, utilizada para el análisis del “carisma” de Velasco Ibarra, se inscribió en un análisis de los procesos de dominación política del Ecuador a partir de las determinaciones estructurales y de la lucha de clases. El producto fue un texto que abrió nuevos paradigmas a la comprensión del Ecuador contemporáneo.

Ecuador, subdesarrollo y dependencia, de Fernando Velasco, *Ecuador, pasado y presente* —del cual fue coautor—, y *El proceso de dominación política* fueron los textos fundadores del moderno pensamiento social ecuatoriano.

El debate sobre América Latina

La segunda fase de su pensamiento expresó el ascenso y la derrota de los grandes movimientos populares de los países del Cono Sur articulados en torno al proletariado, que estuvieron a punto de gestar revoluciones sociales clásicas: el Chile de la Unidad Popular, el Uruguay del Frente Amplio y los Tupamaros, la Argentina de la izquierda peronista y del ERP.

Dichos procesos crearon el horizonte de visibilidad social para la emergencia del marxismo, que se volvió dominante no sólo en los espacios políticos y sociales sino en la vida académica. Durante este período, el pensamiento de Cueva se orientó en dos direcciones: la reflexión sobre esos procesos y los esfuerzos por fundar una visión marxista de América Latina¹. *Crítica a la teoría de la dependencia* y *El desarrollo del capitalismo en América Latina* fueron sus obras fundamentales.

En esta segunda fase, realizó una aguda crítica de la teoría de la dependencia² a partir de la teoría de los modos de producción y las formaciones sociales. Ésa fue una de las dos grandes polémicas³ de la vida de Agustín Cueva⁴.

La crítica de Agustín Cueva se dirigía a lo que consideraba la ambigüedad de la teoría de la dependencia, que se movía entre el marxismo y el desarrollismo, y a la relación mecánica, no dialéctica, que se habría establecido entre el capitalismo, el mercado mundial y la dinámica interna de nuestras sociedades. Cueva concentró sus fuegos en la vertiente desarrollista —Cardoso y Faletto, Sunkel— y, sobre todo, en el flanco más débil del ala marxista —André Gunder Frank y ciertas tesis de Theotonio dos Santos—. Al cabo de los años, es evidente que las tesis más avanzadas de la teoría de la dependencia⁵ han mostrado su sorprendente validez. Agustín Cueva lo reconoció en varias ocasiones (Cueva,

1 Según Luis Verdesoto, aquí se consuma el desplazamiento del objeto de la reflexión de Cueva: de la nación a América Latina. Estableciendo un parangón entre Agustín Cueva y René Zavaleta, Verdesoto convoca a pensar las determinaciones de esa diferencia en torno a la rica vitalidad nacional de la historia boliviana y la débil tradición nacional del Ecuador.

2 Ponencia presentada en el Congreso Latinoamericano de Sociología, San José, 1974.

3 Los hitos de esa polémica fueron, amén de la ponencia de Agustín Cueva, un texto de Vania Bambirra y una contrarréplica de Cueva. Véanse: (Bambirra, Vania, 1978 y Cueva, Agustín, 1979)

4 La otra polémica fue la que mantuvo durante los ochenta contra el discurso oficial de las ciencias sociales y los “gramscianos” latinoamericanos”.

5 La relación entre explotación imperial y de clase en *La dialéctica de la dependencia*, *La estructura del sistema capitalista mundial*, de Aníbal Quijano, y *El nuevo carácter de la dependencia* de Theotonio dos Santos. De hecho, algunas de las fuentes intelectuales de la teoría de la dependencia, el pensamiento de Samir Amin y el de Immanuel Wallerstein, han cobrado gran actualidad.

Agustín, 1988, p. 53-54) y Ruy Mauro Marini —cuyo texto *Dialéctica de la dependencia* es sin duda el mayor esfuerzo teórico de interpretación de América Latina— aceptó los aportes de Cueva al debate.

La intervención de Cueva se inscribió en el desplazamiento epistemológico de la teoría de la dependencia a la teoría de los modos de producción y las formaciones económico-sociales que las tesis althusserianas y de los comunistas italianos —Della Volpe, Luporini— habían gestado en el pensamiento social latinoamericano.⁶

La crítica de Agustín Cueva comportaba un compromiso intelectual: realizar una interpretación de América Latina en la nueva perspectiva teórica propuesta. *El desarrollo del capitalismo en América Latina* de 1977, fue esa respuesta.

El subtítulo de la obra nos da la clave de su sentido: *Ensayo de interpretación histórica*. No se trata de un texto teórico —a la manera de la *Dialéctica de la dependencia* de Ruy Mauro Marini— sino histórico, y ofrece una visión panorámica de la historia latinoamericana desde la Independencia, pretendiendo en todo momento partir de las contradicciones internas de las sociedades latinoamericanas —sin desconocer, por supuesto, el peso del imperialismo sobre las mismas— para explicar su desarrollo, diferencias, mutaciones y crisis.

El desarrollo del capitalismo en América Latina es, además, la obra de Cueva de mayor éxito (obtuvo el Premio Ensayo Siglo XX) y la de más difusión (18 ediciones en español, traducciones al holandés, japonés y portugués).

En cuanto a la forma, los textos mantuvieron las dotes de escritor de Agustín Cueva. Sin embargo, la rica y diversa relación entre literatura, teoría social y discurso político que gobernó la escritura de *Entre la ira y la esperanza* dio paso a una tensa relación entre ciencia social y política. Los criterios de validez del discurso se modificaron. La literatura

⁶ Intelectuales ligados al Partido Comunista mexicano, como Enrique Semo, las habían asumido con mucha fuerza.

fue la primera en abandonar la escena. Luego, la política, con una tenue nostalgia. Con su extrema lucidez, Cueva condenó la pretensión de muchos pensadores sociales de la época —Dos Santos, Marini y otros— de criticar, orientar o, peor aún, dirigir a los partidos y fuerzas de izquierda. Al final del texto, Agustín Cueva se sitúa entre los sociólogos que reconocen su incapacidad para dirigir procesos políticos —tarea de los partidos revolucionarios—, pues sólo pueden analizarlos a posteriori. Tanto la *Crítica a la teoría de la dependencia* como *El desarrollo del capitalismo* en América Latina fueron escritos años después del derrocamiento del gobierno de la Unidad Popular y la instauración de la monstruosa dictadura militar de Pinochet.

Éste fue el momento culminante del matrimonio entre las ciencias sociales, el pensamiento crítico y una posición política de izquierda. Agustín Cueva fue uno de sus exponentes más importantes.

En defensa del marxismo

Luis Verdesoto señala la diferencia entre Agustín Cueva y René Zavaleta, uno de los grandes pensadores y sociólogos bolivianos de la época, en torno al ámbito de la categoría matriz de su pensamiento: en Zavaleta fue la nación, Bolivia, y en Cueva, Latinoamérica (Verdesoto, Luis, 1993). La explicación habría que buscarla en la acumulación histórica de cada país: en Bolivia, la Revolución del 52 fortaleció el imaginario de la nación; en el Ecuador, en cambio, tal imaginario nunca llegó a cuajar plenamente, dada la debilidad de la Revolución del 44.

Cueva inició su labor intelectual con trabajos teóricos y de investigación sobre el Ecuador. Fue en su segunda fase que Latinoamérica devino en la categoría central de su pensamiento. Sin duda, la frágil textura nacional del Ecuador y la debilidad de sus procesos políticos, e incluso hechos circunstanciales como la estadía de Agustín en Chile y México, país en el cual se estableció definitivamente, fueron algunas de las causas de ese cambio. Sin embargo, la explicación mayor habría que buscarla en el movimiento político y en el de las ideas, a las que Cueva era en extremo sensible: los procesos políticos de la región —posteriores a la

Revolución Cubana—, en particular la extrema condensación del período que se produjo en el Cono Sur, hicieron de América Latina en la categoría privilegiada. La teoría de la dependencia fue su mayor expresión teórica⁷.

Paradoja de paradojas. Fue la teoría de los “modos de producción y las formaciones sociales”, que fundara los textos de Agustín Cueva sobre América Latina, la que, junto a otras determinaciones teóricas, provocó un resultado epistemológico inesperado: el fin de la hegemonía de la categoría de América Latina en las ciencias sociales de la región y el despliegue de los estudios sociales sobre cada uno de los distintos países latinoamericanos. El desplazamiento del eje analítico del capitalismo y el mercado mundial a la dinámica interna de cada uno de nuestros países —una de las críticas de Cueva a la teoría de la dependencia— contribuyó a generar ese cambio de categorías.

Sin embargo, la riqueza de esta mutación no duró mucho tiempo. Progresivamente, las ciencias sociales fueron colonizadas por el pensamiento empirista y por concepciones teóricas y políticas funcionales al nuevo orden. Las categorías de “totalidad”, en el terreno metodológico, y de “revolución” o “cambio”, en el plano teórico-político, dejaron de organizar el pensamiento y las ciencias sociales. La década de los ochenta fue el período privilegiado de esa evolución.

La década perdida fue la época de los programas de ajuste, la derrota de los proyectos nacionales y la funcionalización de las economías y los Estados latinoamericanos a los procesos de globalización de la economía y del poder. Esta dinámica produjo un significativo cambio social y político, la crisis de los viejos movimientos sociales, la informalización de la economía y la sociedad, el surgimiento de la “democracia” como sistema político y mecanismo de legitimación del nuevo poder.

⁷ Sus mejores exponentes, Marini y Dos Santos, confluyeron, junto con Cueva, en el Chile de la Unidad Popular.

En el terreno de las ciencias sociales se produjo un gran viraje: de la problemática de la revolución y de los sistemas de acumulación capitalista a la de la democracia y del sistema político; del marxismo —que fue derrotado en su esfuerzo por colocar la categoría de “crisis” en el centro del debate— a la sociología de Alain Touraine, en el mejor de los casos, o al funcionalismo. Una sui géneris utilización de Gramsci, gran pensador marxista y dirigente comunista italiano, facilitó ese tránsito. La sociología abandonó la “calle” —los escenarios sociales y políticos— y se replegó en los centros de investigación social y en los circuitos de la “financiación de proyectos”.

A la vez, el empirismo tomó la escena y provocó una continua fragmentación del objeto de estudio, proceso que de ninguna manera implicó una progresiva concreción de las investigaciones. El empirismo disuelve las estructuras en la fenoménica social y el conocimiento se convierte en la infinita descripción de la misma, mientras que, para la “sociología crítica”, lo concreto es síntesis de múltiples determinaciones.

Implica la comprensión de la totalidad, del sistema de contradicciones que constituye la unidad de la misma, y de las progresivas mediaciones a través de las cuales esas determinaciones se procesan en la autonomía de lo concreto. De allí que el método de análisis de los procesos vaya de lo abstracto a lo concreto. El método marxista va de los conceptos más abstractos, que captan las estructuras más profundas y generales —y que corresponden al ámbito de una época—, a los procesos sociales que suponen la concreción múltiple, y a través de innumerables estructuras. Así, por ejemplo, modo de producción es el concepto más abstracto y formación económico-social es el concepto concreto.

Pero no sólo existe una diferencia de los niveles en los que se localiza el objeto de la investigación, sino una diferencia aún mayor en la constitución del mismo. Para el empirismo casi no hay diferencia entre el objeto real y el objeto del conocimiento, que no es más que una descripción —una fotografía lo más exacta posible— del primero. La realidad habla, se conoce y reconoce a través de la descripción empirista. Para el marxismo y para todo discurso científico, en cambio, el objeto de conocimiento

implica un proceso de construcción teórica y se diferencia radicalmente del objeto real. Marx establece una clara distancia entre el objeto real y el objeto teórico, que no tienen ninguna correspondencia cara a cara, pues responden a procesos radicalmente distintos en su desarrollo interno, que se corresponden como totalidades: el proceso real y el proceso de pensamiento. El empirismo terminó por liquidar los conceptos de “modo de producción” y “formación social” que habían animado la crítica a la teoría de la dependencia.

En esta fase, y frente a tal proceso, la reflexión de Agustín Cueva se orientó en tres direcciones:

1. La crítica del régimen democrático que se estableciera en la América Latina de los años ochenta y del pensamiento que lo legitimó, y cuya mayor expresión fue una suerte de variante socialdemócrata del pensamiento de Gramsci. El texto central de esta línea de pensamiento fue *Las democracias restringidas en América Latina*; al que se sumaron: *Teoría social y procesos políticos de América Latina*, *Ideología y sociedad en América Latina*, y *América Latina en la frontera de los años noventa*.
2. La (re)formulación de una sociología marxista, cuyo texto fundamental fue *La teoría marxista. Categorías de base y problemas actuales*.
3. Un retorno tanto al Ecuador como a la sociología de la literatura de su primera fase. Dos fueron los principales textos: *Lecturas y rupturas y Literatura y conciencia histórica en América Latina*.

En este período se mostró el temple intelectual y moral de Agustín. Realizó un cuestionamiento implacable del “gramscismo latinoamericano” y, a la vez, profundizó el análisis del carácter de “democracias restringidas” de nuestros países. El texto central de esta línea de pensamiento fue *Las democracias restringidas en América Latina: elementos para una reflexión crítica*. En la primera parte, este trabajo realiza un análisis de las democracias forjadas en la América Latina de los años ochenta, luego de las crueles dictaduras de la década de los setenta, en especial

las del Cono Sur. Se trata de democracias “restringidas”, diseñadas, según el autor, no para promover la participación política de la sociedad sino para el control de la misma, necesario para enfrentar la agudización de la crisis provocada por la deuda externa y los programas de ajuste estructural.

A la par, Cueva desestructura el pensamiento de las ciencias sociales oficiales de la América Latina de la época, que, luego de la fase radical y crítica de los años sesenta y setenta, contribuyeron a la legitimación del nuevo orden. El texto continúa con una discusión sobre la categoría de “populismo” y, en el capítulo final, cuestiona las tesis de Hernando de Soto sobre la llamada “informalidad”, uno de los fundamentos de la “nueva derecha”.

El eje central del texto es el análisis de los regímenes democráticos que surgieron en América Latina luego de los fascismos militares del Cono Sur y de los regímenes de nacionalismo militar de los años setenta en algunos países del área andina. El análisis, sin embargo, no se hace directamente sino a través de la mediación de la crítica al pensamiento dominante en las ciencias sociales de aquel período.

La crítica central de Cueva se remite a la famosa tesis de la “democracia sin adjetivos” que los académicos sociales de la época convirtieron en blasón y que teóricamente suponía la existencia de una esfera estrictamente política desligada de la economía, la sociedad y la historia; una forma pura, sin contenidos. Los análisis concretos de las “democracias restringidas” le sirven para deconstruir la tesis. Al final, Cueva define la relación entre democracia y poder como el ámbito en el cual se puede comprender la verdadera significación de la democracia.

Muerte teórica del capital y del Estado (Moreano, Alejandro, 2002): en primer lugar, las ciencias sociales decretaron la extinción teórica del ogro filantrópico. Benjamín Arditi lo expresó de manera tajante:

En la medida en que estos efectos suponen la progresiva socialización de “la política” y la expansión de lo “político” sobre el territorio societal, el sentido del proceso en su conjunto prefigura, en el límite y en clave no

economicista, lo que Marx y Engels pensaron como la abolición-disolución de la forma Estado, o cuando menos una cierta “des-formalización” de éste a través de la reabsorción de ámbitos de decisión dentro de la sociedad (Arditi, Benjamín, 1988)

Se trata de una suerte de anarco-capitalismo. Gramsci fue la bisagra de ese “cambio de paradigmas”. Una específica lectura de su teoría, fundada en la modificación de sus conceptos de “sociedad política” y “sociedad civil”, jugaron un papel fundamental. Así, la consolidación de la sociedad civil, que en Gramsci equivale a una forma más desarrollada de la dominación de la burguesía —a un “momento” del Estado—, aquella que se funda no en la coerción sino en la hegemonía, devino increíblemente en su contrario: el fortalecimiento de la sociedad frente al Estado —reducido a la esfera de la sociedad política—, es decir, una variante del anarco-capitalismo: “más sociedad y menos Estado”.

En Gramsci dichos conceptos formaban parte de una estrategia revolucionaria. En su sistema teórico-político, la hegemonía de la sociedad civil no es más que la transformación de la burguesía de clase dominante en dirigente, y de los fundamentos del poder y de su ejercicio: aparatos culturales y educativos en vez de aparatos represivos; dirección cultural en lugar de dominio político; consenso por coerción. A diferencia de la Rusia de principios del siglo XX, en la que la endeblez de su sociedad civil postulaba una estrategia de asalto directo a los aparatos de Estado, en la Europa occidental, la fortaleza de la sociedad civil burguesa obligaba a una estrategia de toma de la hegemonía en el seno de esa sociedad civil por parte del nuevo bloque histórico de la revolución social, dirigido por el nuevo príncipe, el partido intelectual orgánico del proletariado y las clases subalternas. Esa toma de la hegemonía, a través de una larga guerra de trincheras, comprendía la construcción de una nueva cultura, un nuevo proyecto ético-espiritual de toda la sociedad, fundado en la concepción del mundo de la nueva clase fundamental. Una larga guerra de trincheras que no liberaba a las fuerzas revolucionarias de la toma del poder en la sociedad política, toda vez que la burguesía se refugiaría en el aparato del Estado, una vez perdida su hegemonía en la sociedad civil (Moreano, Alejandro, 1990, pp. 82).

Al escamoteo del Estado correspondió el del capital. La identificación de la categoría de “sociedad civil” con la de “sociedad” en general fue la estratagema teórica para disolver la categoría de “dominación” y (re) configurar la sociedad como el escenario de la igualdad jurídica y de las luchas particulares, el lugar de la competencia de individuos y grupos portadores de intereses privados. El discurso dominante excluyó los términos, en principio semánticamente inocuos, de capital y capitalismo. Incluso la crítica agrupada en los llamados estudios culturales lo hizo. Como afirma Žižek, esta crítica

está ofreciendo el último servicio al desarrollo irrestricto del capitalismo al participar activamente en el esfuerzo ideológico de hacer invisible la presencia de éste: en una típica ‘crítica cultural’ posmoderna, la mínima mención de capitalismo, en tanto sistema mundial, tiende a despertar la acusación de ‘esencialismo’, ‘fundamentalismo’ y otros delitos (Žizek, Slavoj, 1998, p. 176).

Pero ¿por qué Gramsci? La tergiversación socialdemócrata de Gramsci fue una exigencia del nuevo orden para cooptar a una intelectualidad que estaba “saliendo” del marxismo, pero frente al cual tenía aún mucho respeto. Ésa fue la fase en la que Agustín Cueva abrió sus fuegos. Cumplida su función, Gramsci empezó a ser olvidado y el pensamiento de la democracia buscó otros fundamentos —Tocqueville, Weber, Touraine, Giddens— hasta que empezó a ser sustituido por un nuevo discurso que gobernaría las ciencias sociales en los años noventa, el de la gobernabilidad.

La (re)formulación de una sociología marxista, cuyo texto fundamental fue *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*, fue una exigencia del combate político. La primera parte del texto realiza una amplia discusión sobre la problemática de las clases sociales, a partir de la “anatomía de la sociedad civil”. La intención política es manifiesta: la “sociedad civil” había sido la piedra de toque a partir de la cual el gramscismo latinoamericano había pretendido disolver las categorías de “capital”, “poder” y “clases sociales”. Cueva reconstruye la problemática fundamental de la sociología marxista. En esa misma perspectiva, Cueva

analiza la categoría gramsciana de “hegemonía” (Cueva, Agustín, 1979), otra de las piedras angulares de la versión socialdemócrata de Gramsci. Si bien reconoce la importancia de la categoría para diferenciar las formas de gobierno de la burguesía en los distintos países de la cadena imperialista —el centro y la periferia—, cuestiona dos problemas en la formulación gramsciana: la posibilidad de separar el momento de la hegemonía, como proceso cultural, del “proceso estructurado de reproducción social” (Cueva Agustín, 1979, p.151), y el olvido del carácter imperialista de ese Occidente, cuya peculiaridad, según Gramsci, es poseer una robusta sociedad civil. Y fueron precisamente esos dos problemas los que fundamentaron las tesis del gramscismo latinoamericano que combate Cueva.

Completan el texto discusiones con autores marxistas —Balibar, Bettelheim, Mandel, Gramsci, Lenin, Lukács, Sánchez Vázquez, Althusser, Poulantzas— sobre diversas problemáticas conflictivas y actuales del marxismo: enajenación, ciencia e ideología, relaciones de apropiación y propiedad. Y al final, un importante panorama del desarrollo del marxismo latinoamericano. Ésta es, sin duda, la obra teórica más importante de Cueva y uno de los textos más orgánicos de su última fase.

Agustín Cueva no perdió la relación con dos pasiones fundamentales, la literatura —la cultura— y el Ecuador de su primera fase, y las fundió en una sola: una sociología de la literatura y de la cultura ecuatorianas. De esa manera retornó a los temas de su primera obra, *Entre la ira y la esperanza*. Fiel a su interés por América Latina, extendió esa sociología a algunos aspectos importantes de la literatura y la cultura latinoamericanas.

II. Agustín Cueva: literatura, historia y política.

En la primera parte de este texto, señalamos que “A fines de los 60, Agustín Cueva sorprendió a todos con una pequeña obra de teatro sobre

Fray Gaspar de Villarroel⁸. El conflicto que Agustín indagaba era el del intelectual de un país colonizado. A su llegada a España, Villarroel pretendía en vano que lo consideraran un escritor español en el exilio y no americano”. En esa imagen, Agustín realizaba una mordaz caricatura de los intelectuales ecuatorianos que intentan pensar desde la metrópoli, de aquellos que fueron satirizados por Jean Paul Sartre en su famoso prólogo a *Los Condenados de la Tierra*:

La élite europea se dedicó a fabricar una élite indígena; se seleccionaron adolescentes, se les marcó en la frente, con hierro candente, los principios de la cultura occidental, se les introdujeron en la boca mordazas sonoras, grandes palabras pastosas que se adherían a los dientes; tras una breve estancia en la metrópoli se les regresaba a su país, falsificados. Esas mentiras vivientes no tenían ya nada que decir a sus hermanos; eran un eco; desde París, Londres, Ámsterdam nosotros lanzábamos palabras: “¡Partenón! ¡Fraternidad!” y en alguna parte, en África, en Asia, otros labios se abrían: “¡...tenón! ¡...nidad!” Era la Edad de Oro. (Sartre, Jean Paul, 1986, p. 7)

Agustín era el intelectual opuesto a Fray Gaspar de Villarroel. La afirmación del ser nacional y de la creación, cultural o política, desde las profundidades del pueblo, frente a todo colonialismo fue quizá el rasgo distintivo de su pensamiento, y que se expresó tanto en su obra sobre los procesos económicos y políticos cuanto en aquella sobre los imaginarios culturales y literarios de América Latina y el Ecuador.

Si bien los estudios sobre los procesos económicos y políticos se fueron convirtiendo en la actividad central de su pensamiento, la reflexión sobre la cultura y literatura ocupó un lugar destacado en su primera y en su última época.

Amén de múltiples artículos, ponencias, reseñas, conferencias, tres fueron los libros de Cueva dedicados a la indagación sobre la literatura. En

⁸ Fray Gaspar de Villarroel escribió un *Tratado de los Comentarios, Dificultades y Discursos Literales y Místicos sobre los Evangelios de la Cuaresma, Historias Sagradas y Eclesiásticas Morales, y, El Gobierno Eclesiástico Pacífico*, su obra más importante.

su primera época, “*Entre la Ira y la Esperanza*”, 1.966, fue el libro inaugural, y, a la par, cenital. En 1986 publicó “*Lecturas y rupturas*”, pero la mayoría de los ensayos que la integran fueron escritos entre 1967 y 1971. Ambos textos se hallan centrados en la literatura ecuatoriana. En su última época, surgió *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, libro publicado, de manera póstuma por Erika Hannenkamp en 1993, y que registra estudios sobre literatura latinoamericana: *Cien años de Soledad* de García Márquez, las crónicas de la conquista, el pensamiento de Fray Bartolomé de las Casas, la *Araucana*, el gran poema épico de Alonso de Ercilla. La etapa central de su vida, entre los 70 y lo 90, en cambio, estuvo gobernada por los estudios económico sociales.

Literatura y política

El período 60-70 estuvo marcado por el llamado *boom* de la literatura latinoamericana. El *boom* revitalizó los textos de autores como Guimaraes Rosa, Rulfo, Borges, Sábato, Onetti, Lezama que eran anteriores pero que encontraron en su cauce, expresión universal.

En la historia de la narrativa moderna de Occidente -surgida con Balzac- el llamado *boom* fue el cuarto gran momento universal: los otros tres fueron el francés de comienzos del Siglo XIX, el ruso de fines del XIX, el norteamericano de la primera mitad del presente siglo.

El *boom* provocó para América Latina una revolución estética similar a la que gestara en Europa y Occidente ese momento singular de su historia literaria que se inició con Baudelaire en la poesía y Flaubert, en la narrativa, y que tendió a configurar a la literatura como una práctica puramente artística. Al igual que en Europa, el proceso no se limitó a la literatura: luego del gran momento de la pintura indigenista y de la muralística mexicana, la pintura latinoamericana postuló también la autonomía artística⁹.

⁹ Martha Traba fue una suerte de gurú de esa concepción del arte. Fue famosa su polémica en el Ecuador contra Guayasamín, prolongación de sus enfrentamientos a la muralística mexicana.

En el Ecuador, empero no fue la narrativa la forma privilegiada de la revolución artística de la época y de la unidad de literatura y política. Fue la poesía agitacional y escenificada –los recitales tzántzicos-, una suerte de dadaísmo latino que combinaba un sentimiento antiimperialista con un acentuado cosmopolitismo; y, con Agustín, el ensayo

Entre la Ira y la Esperanza

Su primer libro, “*Entre la Ira y la Esperanza*”, 1.966, fue una síntesis insuperable de una nueva visión crítica de la literatura ecuatoriana, que se correspondía con el clima de ruptura que los movimientos literarios del Ecuador, en particular el *tzantzismo*, creaban con sus recitales, poemarios y revistas.

Fundado en Lucien Goldman y en cierto Lucaks –y quizá de modo indirecto en Bordieu-, Cueva puso en acción la tesis de una sociología literaria que encuentra las determinaciones sociales en la forma estética y no en los contenidos, y, sobre todo, una concepción de campo intelectual como la relación fuerza entre distintas formas estéticas y géneros literarios y la hegemonía de uno de ellos en cada época histórica. A partir de esas categorías metodológicas, realizó una brillante panorámica de la historia de la literatura ecuatoriana desde la conquista hasta los años 60 del Siglo XX, definida por su estatuto colonial –la *ira*- y por los inicios, a partir de la generación del 30, de una creación cultural auténtica, fundada en las profundidades de la vida social, la *esperanza*.

La tesis fundamental de Cueva, originada en la lingüística de Saussure, aludía a que el hecho colonial bloqueó la formación de una dinámica relación entre el habla social y la lengua de la cultura: la literatura, lejos de desplegar las hablas populares, se remitía al lenguaje *castizo español*, y nuestros escritores se consideraban, tal que Fray Gaspar de Villarreal, españoles en el exilio. El resultado fue una literatura de espaldas a la realidad americana, al punto que las tendencias dominantes en España –la picaresca, la comedia o el Quijote, por ejemplo- no tuvieron ninguna presencia, dada su exigencia de un mínimo de vida social, y en cambio

se dio el predominio del sermón religioso y de la poesía de signo gongorista, formas que posibilitaban el extrañamiento.

“*Entre la Ira y la Esperanza*”, es quizá el mejor libro de Agustín Cueva en cuanto a la escritura literaria. Logró unir la objetividad del análisis de los procesos sociales con la crítica apasionada del poder y de las formas culturales de la dominación. El resultado fue un texto de “enorme fuerza expresiva. Imágenes potentes, metáforas, símiles y paradojas y una punzante ironía tejen un lenguaje literario de gran riqueza. Agustín Cueva se mantiene en la gran tradición de los ensayistas latinoamericanos y ecuatorianos (...) En este texto, logra la armonía y la síntesis de las formas literarias del viejo ensayo, la cientificidad del discurso de las ciencias sociales y el sentido crítico del pensamiento político de la época” (Moreano, Alejandro, 2009).

En Lecturas y rupturas, cuyos principales ensayos fueron escritos entre 1967 y 1971, se mueven en el mismo ámbito categorial y simbólico de *Entre la Ira y la Esperanza*. Sólo los dos últimos¹⁰, posteriores a los 70, se organizan en torno a una sociología de la literatura claramente marxista, algunas de cuyas tesis son expuestas en el primero¹¹. El segundo ensayo, sobre “La literatura ecuatoriana”, es una suerte de reiteración de las tesis expuestas en *Entre la Ira y la Esperanza*, con matizaciones y cambios que expresan una aceptación implícita a varias de las críticas que se le hicieron sobre algunas tesis expuestas en su libro anterior. Tales modificaciones le dan un tono más bien académico e institucional antes que crítico y agitador tal como *Entre la Ira y la Esperanza*.

Los textos sobre obras y autores individuales – *A la Costa*, José de la Cuadra, Arturo Montesinos, César Dávila Andrade y Pablo Palacio- son muy sugerentes, en particular el análisis de la narrativa de César Dávila

¹⁰ Es decir: “En pos de la historicidad perdida (Contribución al debate sobre la literatura indigenista del Ecuador)” de 1978, y “Claves para la literatura ecuatoriana de hoy” de 1985.

¹¹ “El método materialista dialéctico aplicado a la periodización de la literatura ecuatoriana: algunas consideraciones teóricas”, 1980

Andrade y, sobre todo sus “13 relatos”, que se organiza en torno a la opción simbólica entre lo orgánico y lo inorgánico

El texto central fue el dedicado al análisis de la obra de Jorge Icaza, uno de los mejores estudios de Cueva.

Lecturas y Polémicas

Entre los varios debates que provocaron los análisis literarios de Agustín Cueva, dos son los dos cardinales: el primero referido a Pablo Palacio y sus relaciones con la generación del 30, el realismo social y la figura de Jorge Icaza en particular. El segundo destinado a sus afirmaciones sobre la llamada “Generación decapitada”.

Cueva y la “generación decapitada”

Comencemos por este último. Se ha criticado a Cueva por imputar, en su texto inaugural “*Entre la Ira y la Esperanza*”, a la condición aristocrática de los “decapitados” las limitaciones que encuentra en su poética. Hay, sin duda, una insistencia en calificarla como uno de los tres momentos de “la conciencia feudal ecuatoriana” (Cueva, Agustín, 1986, pp.109-116) y en cargar las tintas en las imágenes, metáforas y versos que eventualmente lo probarían. Creemos que Cueva, sin embargo, no desvaloriza su calidad literaria: “la conciencia feudal ecuatoriana emprende, con los decapitados, el largo y refinado viaje hasta el fondo de la noche” (Cueva, Agustín, 1986, p.111).

Y, en un texto posterior, en *Lecturas y Rupturas*, lo dice con mayor énfasis y claridad:

La poesía de Borja, Caamaño y Fierro constituye una renovación formal y temática de género en el Ecuador. En sus poemas, el verso adquiere finura y musicalidad, y las imágenes se vuelven originales, alejándose totalmente de las concepciones románticas. Crean los “decapitados” un mundo terso, vaporoso y sensual; ciertamente no más ecuatoriano que los sueños de la aristocracia de este país, pero que refleja una sensibilidad

mucho más delicada que la de los poetas precedentes y mayor capacidad de creación” (Cueva, Agustín, 1986, p.50)

Por nuestra parte, creemos que la condición aristocrática fue no una limitante sino uno de los determinantes de la creatividad literaria de los “poesía decapitada, sobre todo si la comparamos con la poesía

cívica del liberalismo de la época. De hecho, y tal es la paradoja, fue la poesía de los *decapitados*, y no la cívica de los escritores liberales, la que inauguró la modernidad literaria en el Ecuador.

Nacidos los *decapitados* en la década de los 90 del Siglo XIX, sus primeras producciones aparecieron en 1911, en los “Lunes literarios” de “*La Prensa*”, y en la Revista “*Letras*” de 1912, el año del asesinato de Alfaro. En el mismo año se suicidó Arturo Borja, el más musical y artista de todos ellos, y sólo en 1920, sus amigos recogieron sus poemas y publicaron “*La Flauta de Ónix*”.

Medardo Ángel Silva, el más vital y auténtico, se suicidó en 1919 a los 21 años—casi como un cumplimento de su verso *el día en que me faltas me arrancará la vida*- al año de publicar *El árbol del bien y del mal*. Si bien Noboa y Caamaño, nacido en 1891, murió en 1927, llevaba varios años sin escribir nada, sumido en los males de los “paraísos artificiales”. Su obra, marcada por la angustia y el hastío, se halla recogida en el libro *Romanza de las Horas*, publicado en 1922.

Si la obra de Arturo Borja se gestó en los años finales de la primera década y comienzo de la segunda, la de Medardo Ángel Silva, Humberto Fierro -“*El laúd en el Valle*”, 1919- y Noboa y Caamaño en la segunda década del siglo XX. Solo Humberto Fierro, el más conceptual y artífice de la forma, prolongó en los 20 su actividad poética: “*Velada Palatina*” fue publicada en 1949, a 20 años de su muerte.

De modo que la germinación de la poesía *decapitada* se dio a pocos años del triunfo de la revolución liberal y en el momento de su institucionalización y declive, sobre todo a partir del asesinato de Alfaro. Lo que

hemos llamado la “lírica cívica” germinada por el espíritu liberal se dio por la misma época, quizá desde una década anterior.

De manera que una y otra se desplegaron juntas. ¿Cuál era su relación, su dimensión peculiar y sus diferencias?

En principio la oposición entre la lírica desgarrada de la “generación decapitada” y la poesía cívica del liberalismo remite a la oposición, en el nacimiento de Occidente, entre la lírica trágica, el canto angustiado de la subjetividad frente al destino, y la poesía épica, el canto a la fundación de los pueblos y de la construcción de su historia. Empero, ¿por qué en Ecuador, se dio tal diferencia de calidad estética entre ambas?

Si el desgarramiento de la conciencia aristocrática testimoniaba el derrumbe del mundo y ponía, en el centro de la creación, esa subjetividad que lo sobrepasaba; el orden que cantaba el liberalismo no era ninguna gran gesta.

La revolución liberal ecuatoriana creó un estado libre pero no una sociedad libre, no un individuo libre. La *sociedad liberal* fue una mesocracia: emancipó políticamente a las capas medias urbanas, la mayoría de cuyos miembros pertenecían al propio aparato de Estado: funcionarios, militares, profesores, empleados y obreros de los servicios públicos. Liberadas del control ético de la Iglesia, sin haber vivido el largo proceso de formación de la subjetividad que fue la Modernidad, esas capas se encontraron suspendidas en el vacío. Habían perdido, a la vez, la sublimación religiosa y la euforia de la libertad. El nuevo orden llegaba sin grandes batallas, sin una profunda conmoción ética, sin terror jacobino ni Carlota Corday, sin Sade ni guillotina, degradándose casi de inmediato enredado en pequeñas peleas de caudillos y funcionarios. Sorprende que en la poesía decapitada, escrita poco después, no haya la mayor referencia a las montoneras alfaristas¹². Y sorprende aún más que el no-

¹² Más aún, realizó una acerba crítica al militarismo liberal. En “Epístola”, Arturo Borja escribe “Hermano-poeta, esta vida de Quito, /estúpida y molesta, está hoy insoportable/con su militarismo idiota e inaguantable. / Figúrate que apenas da uno un paso, un “¡Alto!”/le sorprende y le llena de un torpe sobresalto/que viene a destruir un vuelo de Pegaso/que, como sabes, anda mal y de mal paso/cuando yo lo cabalgo, y que si alguna vez/

velista e historiador Alfredo Pareja, describa el ambiente de la época, a pocos años del triunfo alfarista, en términos de un vacío histórico:

Aquí el mundo se había perdido. Si alguien contaba hazañas, éstas era de Bonaparte, el Rey Schabríar o de Alejandro Magno. Aquí ningún recuerdo veraz hunde raíces nutricias en la historia nuestra... (Pareja, Adolfo, 1949, p. 10)¹³.

Ya en el poder, el orden liberal devino en *municipal y espeso*. La grandeza de las montoneras alfaristas fue pronto aplastada por la *hoguera bárbara* que incineró el cuerpo del viejo Luchador. Los hechos políticos de la construcción de nuestros países podían alimentar las “historias patrias” o reflexiones jurídicas, jamás una gran épica¹⁴. De allí que después de los cantos de Olmedo, el humus homérico se haya diluido en una poesía cívica de muy mala calidad. Y a la vez en la reflexión jurídica, índice de que la creación de nuestro país no era pensada como el producto de una gran hazaña política sino el resultado de la construcción de un andamiaje jurídico.

La imposible formación de una gran poesía épica, facilitó el surgimiento de un sucedáneo, una suerte de expresión disminuida suya que fueron los Himnos patrios¹⁵ –nacionales, provinciales, cantonales y de las diversas instituciones del Estado, incluidas escuelas y Colegios-, índice claro de que la antigua epopeya de los pueblos –la *Ilíada* o el *Ramayana* o el *Libro de los Reyes* – no puede sino degradarse al ser convertida en poesía cívica, himno del Estado y de sus instituciones.

por influjo de alguna dama de blanca tez, /abre las alas líricas, le interrumpe el rumor/“municipal y espeso” de tanto guerreador. / Los militares son una sucia canalla/que vive sin honor y sin honor batalla.

13 Las enciclopedias no registran ningún “Rey Schabríar”. Quizá Pareja se refería *rey Schahriar*, el Rey que oye los cuentos de Schehrazada, la “Hija de la ciudad”, en las “Mil y Una Noches”

14 Una de las características sui generis de la literatura latinoamericana, y ecuatoriana, fue su carencia de épica. Ni la Conquista o la Independencia, acontecimientos fundacionales y proezas guerreras, provocaron, salvo *La Araucana* en el primer caso, y la poesía olmediana en el segundo, grandes cantos épicos. La deshumanización del vencido en el Siglo XVI y la ausencia de los pueblos –y en particular de los indios- de las gestas libertarias del Siglo XIX, no germinaron el horizonte social e histórico de la creación épica.

15 Salvo los de algunos países europeos –Dinamarca, Francia, España, Países Bajos, Reino Unido, Polonia- los himnos nacionales de los países de América latina son los mas antiguos del mundo.

La poesía cívica, cuyo emblema fue el himno patrio, fue la forma de la *elocuencia* versificadora de los juristas y oradores políticos que condujeron los gobiernos plutocráticos y el régimen oligárquico del período 1912-44. Alfredo Baquerizo Moreno¹⁶ escribió un *Credo*, y Arroyo del Río un “*Canto a Quito*” y una oda “*Al Nueve de octubre*”¹⁷. El *Credo*, es una clara muestra de esa poesía cívica que pretende cantar a los grandes valores, escritos siempre con mayúsculas: Libertad Todopoderosa, Democracia, República, Justicia, Trabajo, Orden, Progreso, Patria, Paz, Perseverancia, Justicia. Las mayúsculas, a veces los signos de admiración, lo epítetos grandilocuentes fueron la forma de llenar el vaciamiento real de esos conceptos. Era una poesía declamativa, en el mismo registro sonoro de la oratoria política.

Por contraste, Cueva nos recuerda de Medardo Ángel Silva:

Justamente por que su travesía carece de meta cierta, pululan en su poesía los términos abstractos (Más allá, Infinito, Eternidad, Esencia Verdadera, Destino, -Verdad Eterna, Armonía etc.,) escritos con mayúsculas en doloroso cuanto vano intento de concreción (Cueva, Agustín, 1986, p. 115)

A la par, se desplegaron los juegos florales que fueron rescatados en España¹⁸ al calor del nacionalismo romántico de varias regiones españolas, en particular de los catalanes y los gallegos. En América Latina surgieron como reflejo de ese espíritu en el romanticismo liberal decimonónico. Una vez el liberalismo en el poder, se transformaron en fiestas cívicas, en las cuales reinaba la poesía y la oratoria política. El arte de la

16 Alfredo Baquerizo Moreno, figuraba entre los escritores de la Revista “*Guayaquil*”, 1895, y había escrito hacia comienzos del Siglo varias novelinas de prosa poética -*Sonata en Prosa*, *Titania* (1893) y *El Señor Ponce* (1901)- y una prolífica cantidad de poemas, rimas, cantos e himnos, amén de textos jurídicos, actividad en la que persistió incluso cuando fue Presidente (1916-1920) y hasta su muerte en 1951, a los 92 años de edad

17 En la extensa recopilación bibliográfica que sobre nuestros autores hace el “*Diccionario Bibliográfico Ecuatoriano*”, T II de la Biblioteca Aurelio Espinosa Pólit encontramos una compleja miscelánea de Himnos, poemas amorosos, ensayos de crítica literaria, homenajes, discursos políticos, estudios jurídicos sobre problemas concretos, proyectos de ley a nombre de Arroyo del Río.

18 En España, los Juegos florales vienen de mucho antes: en el siglo de oro eran clásicos y en algunos de ellos, en los que se celebraron con motivo de la beatificación de san Isidro (1620 y 1622, compitieron Lope de Vega con Calderón de la Barca.

retórica, en suma, en la época en que la revolución artística de la poesía moderna había subvertido a la vieja retórica que terminó convirtiéndose en un abanico de manuales escolares de preceptiva literaria. Buenos sentimientos públicos y privados, en suma. Y ya se sabe desde Oscar Wilde “con buenos sentimientos se hace mala poesía”.

Así, en las fiestas cívicas y en los escenarios oficiales, la *retórica* poética era vista como un plus, un excedente del significado de las palabras, un “adorno”, un ramo de flores, tanto que las palabras de alabanza eran denominadas “flores”. En ese sentido, la vieja retórica servía: ritmo y rima, eufonía, declamación, ritmos marciales o de pompa, todos los vicios de la mala literatura: grandilocuencia, cursilería, patetismo, folklore, melodrama¹⁹...

Retórica ornamental como expresión del “orden municipal y espeso”: el antiguo orden jurídico, escenario de las batallas libertarias de Montalvo y los liberales, devino en reglamento y práctica concreta de intendencias y comisarías. El orden liberal terminó convertido en instituciones disciplinarias y en sanatorios, y la moral religiosa en normativa jurídica y en normalidad médica. Dios fue sustituido por enfermeros y comisarios de Policía.

Ese fenómeno desplazó el *mundo de las pasiones y de la subjetividad* al imaginario aristocrático. A veces, en el filo del abismo, ante el espectro de la muerte, los representantes más sensibles de una clase pueden, a la manera de las supernovas que luego de millones de años de opacidad estallan esplendorosas en el cielo para morir, vivir el delirio de una subjetividad que erupciona para morir.

Más, la aristocracia –incluso la europea– tampoco había desarrollado grandes pasiones. Fue una aristocracia un poco zafia que se estaba acomodando con habilidad al nuevo orden.

19 Sin embargo, en tanto eran una forma de presencia pública de la poesía, permitieron el surgimiento de grandes poetas como Gabriela Mistral, cuyos *Sonetos de la Muerte* fueron premiados en los juegos florales de Santiago en 1914.

¿Dónde aprender a vivir esas pasiones?

No en los románticos. La revolución burguesa europea hacía mucho tiempo que había perdido sus fastos insurgentes y sus grandes proclamas: a los jacobinos del terror habíanle sucedido los banqueros, Dantón había triunfado finalmente sobre Marat y Robespierre y la moral del tendero había sustituido a la del sansculotte. El *espíritu rebelde* provenía más bien de las sensibilidades “extrañas”, “raras”, solitarias como Baudelaire y los simbolistas. El orden burgués se había degradado en una mesocracia de mezquinas ambiciones y la “grandeza de alma” había asumido el espíritu de la *decadencia* y buscaba, en los *paraísos artificiales*, la intensidad vital que no existía en la rutina cotidiana. Los más radicales de esos espíritus, como Rimbaud, habían saludado, en la Comuna de París, la gran destrucción de la cultura.

El imaginario de los *poetas malditos* era el único que podía proveer de las pasiones necesarias para enfrentar el mundo “municipal y espeso”. Nuestros *decapitados* debieron trasladar el aprendizaje de las pasiones a sus formas extremas, y llevar el simulacro hasta el abismo, Vivir la angustia y la muerte como gesto, llevar “*para mayor elegancia un alma atormentada*”²⁰. Fernando Balseca advierte en Arturo Borja y, sobre todo, en Noboa y Caamaño, e incluso en Medardo Ángel Silva, la tendencia a asumir ciertas pasiones y angustias como simulacro, “pose”, “la palabra como treta”²¹.

Pero, esa pura gestualidad de la angustia, emociones vividas como si fueran un ramo de rosas, el sufrimiento como sensibilidad ornamental, llevó a sus portadores a la autodestrucción y la muerte.

²⁰ “Caminaban por el “triste Quito”, por esas calles que se recuestan y se resbalan, contrastando el énfasis de sus melenas, con la suma corrección del traje, y llevando para mayor elegancia un alma atormentada”, dijo de ellos Gonzalo Zaldumbide.

²¹ “Pero, la idea de la palabra como treta es palpable en las poéticas de los modernistas: los versos de gala, la ostentosa utilización de registros del verso francés, la atención a objeto recién importados,....” (Balseca, Fernando, p.97). En prueba de su aserto, Balseca se remite al poema “La romaza de las Horas, de Noboa y Caamaño en que luego de enumerar varias emociones del hablante lírico, señala “y algún verdadero dolor”.

La poesía de los *decapitados* fue eso, la profunda inmersión en una subjetividad trágica que se hundía en la nada. Y esa apoteosis del simulacro de la muerte en que fallecieron alcanzó una significativa riqueza estética, y, de modo paradójico, empató con el espíritu andino al punto de que informa la letra de los pasillos más populares. Esa ontología del sufrimiento, el sentido de pérdida de la comunidad, el desarraigo, el ir a la deriva sin ningún punto de referencia, identifican a la música popular mestiza andina con la poesía de los decapitados y hace de ella una suerte de poética del vacío posterior a la muerte de Dios.

A la vez, esa poesía que expresaba un mundo en desaparición, se expresaba en un lenguaje de *vanguardia*, la mayor renovación estética de la poesía que se había producido en toda la historia del Ecuador, incluido su pasado colonial.

Quizá la mayor ironía ejercida por los *decapitados* a la lírica cívica del liberalismo haya sido *Trompetas de oro*, libro de poesía que Medardo Ángel Silva pensaba publicar poco antes de su muerte y que no llegó a salir a la luz, y en el que, quizá influido por el Darío de *Cantos de Vida y Esperanza* y el “modernismo (que) apuesta por la construcción de una cultura latinoamericana, incluso enfrentada con las políticas continentales de los Estados Unidos”, realiza una implacable crítica de su poética anterior -“las joyas falsas de mis rimas vanas”- y canta a la Patria, la Independencia, lo nacional frente a E. U.²², los himnos guerreros... Si bien inferior a *El árbol del bien y del mal*, la “épica” de *Trompetas de oro* es muy superior a la “cívica” de los liberales.

“L’affaire” Palacio

En *Lecturas y Rupturas*, consta el ensayo “El mundo alucinante de Pablo Palacio”, fechado en 1971 y en el que Cueva realiza un original análisis de la obra del autor lojano en el que no se escatiman los elogios. Así, se

22 “El águila nórdica acecha/y el cruel Sagitario dispara su flecha/ contra el invicto Cisne; y nosotros/en vez de cazar tigres y domeñan potros/regamos/llorando, las líricas rosas/y, en redes de seda, apresamos/leves mariposas”

reconoce, en el libro de relatos *Un muerto a puntapiés*, la magistral elaboración del “horror, la “frontera cercana y amenazante de lo humano”, la originalidad en el tratamiento de los objetos. En *Débora* se explora ese “algo más terrible que la desmitificación sentimental de la realidad: su absurdo, la abolición de sus relieves y sentido”. Y sobre *Vida del Ahorcado*, destaca la dimensión simbólica de ese “acto gratuito de terror”. El texto fue el prólogo a *Un muerto a puntapiés y Débora*, texto publicado en 1971 por la Editorial Unversitaria Santiago de Chile, a instancias de Hernán Lavín Cerda, Iván Egüez y el propio Cueva.

Más, en *En Pos de la historicidad perdida*”, publicado en 1978 en la *Revista de Crítica Latinoamericana*, dirigida por Antonio Cornejo Polar y recogido en *Lecturas y Rupturas*, escribe, en defensa de la obra de Jorge Icaza y cuestiona a Pablo Palacio-

En el mencionado texto están los ingredientes de la intensa, acre, en ocasiones violenta, llena de dimes y diretes, polémica entre Cueva y sus críticos, todos panegiristas de Palacio y censores del realismo social y de Icaza en particular.

La acritud de la polémica obedeció no tanto a razones de validación, justicia o veracidad históricas cuanto al momento en que se dio, en que estaba en juego la legitimación de una nueva época literaria en curso, aquella que rompía con el realismo social y se abría a un nuevo paradigma bajo la advocación de Pablo Palacio. Lo curioso del caso es que Cueva apoya, a veces en exceso, a la nueva generación –de los 60 y 70- que habría superado a la del 30.

Esa nueva generación empero adhirió a Pablo Palacio y cuestionó con distintos grados de severidad las tesis de Cueva. Se articularon así dos polémicas en una: la que oponía Palacio a la generación de los 30, y la que oponía la generación de los 70 a la del 30: la primera, sobredimensionada, estaba subordinada s la segunda.

Pero, ¿qué fue lo que realmente dijo Cueva?

Más allá del exceso de aspereza y de las (des)calificaciones s la obra de Pablo Palacio, Cueva insistió en varias tesis:

1. Palacio no perteneció a la generación del 30: es un escritor de la vanguardia de los 20²³, coetáneo de Roberto Arlt, Arqueles Vela, Julio Garmendia, Jaime Torres Bodet, Martín Adán, Gilberto Owen, Huidobro...²⁴.
2. Palacio dejó de escribir cuando la literatura del realismo social recién empezaba, aunque con un enorme impulso²⁵. No hubo pues un real conflicto de alternativas. Palacio e Icaza representan dos épocas distintas, mediadas por un cambio de paradigmas literarios.
3. El realismo social, predominante en los 30 y 40, entró en agonía hacia los 50
4. En rigor el debate realismo-antirealismo no tiene significado en la actualidad.
5. Ninguno. de los escritores de la nueva generación escribe al modo de Pablo Palacio

23 Novelas: Débora (Quito, 1927), Vida del ahorcado —novela subjetiva— (Quito, 1932). Cuentos: El antropófago (Quito, 1926), Luz lateral (Quito, 1926), Un hombre muerto a puntapiés (Quito, 1927), La doble y única mujer (Quito, 1927), Relato de la muy sensible desgracia acaecida en la persona del joven Z (Quito, 1927); Una mujer y luego pollo frito (Quito, 1929).

24 Roberto Arlt (*El juguete rabioso*, 1926, y *Los siete locos* 1929, *El café de nadie*, 1926 Arqueles Vela, México, Julio Garmendia *La tienda de los muñecos*, 1927, *Margarita de Niebla*, 1927, Jaime Torres Bodet; *No todo es vigilia la de los ojos abiertos*, 1928, La casa de cartón, 1928, de Martín Adán; Novela como Nube, 1928, Gilberto Owen, mexicano, Cagliostro de Huidobro..... Cueva... op. cit, p. 161. A la enumeración de Cueva habría que añadir Oliver Girondo, Macedonio Fernández, Felisberto Hernández, Salvador Novo y Los Contemporáneos, Mario y Oswald de Andrade y los modernistas brasileños, César Vallejo y los poetas chilenos, el estridentismo, el ultraísmo.....

25 Palacio deja de escribir literatura, 1932, cuando la literatura del realismo social recién empezaba, aunque con un enorme impulso: Si bien *Los que se van* data del 30 y los textos de de la Cuadra, *El amor que dormía*, 1930, "Repisas", 1931, "Horno", 1932, son paralelos; los demás textos son posteriores: Don Goyo, 1933, La isla virgen, 1942 de Aguilera Malta; Yunga, 1933 Relatos de Emanuel, 1939 Nuestro Pan, 1942, de Gil Gilbert; *El muelle*, 1933, *La Beldaca*, 1935, *Baldomera* 1938, de Alfredo Pareja; *Huasipungo* 1934, *Cholos*, 1937, *Huairapamushcas*, 1948; *Las cruces sobre el agua*, 1946, de Gallegos Lara; "Los Sangurimas", 1934, Guasintón", 1938; "Los monos enloquecidos", 1951, de de la Cuadra

Las tesis son válidas y han ayudado a establecer una correcta periodización de la historia de la literatura²⁶, a pesar de ciertos equívocos²⁷.

Cabe recalcar los puntos 4 y 5: el debate realismo-antirealismo no tiene significado en la actualidad y ninguno. de los escritores de la nueva generación escribe al modo de Pablo Palacio. El propio Cueva escribió varios textos en elogio de los escritores que se reconocían en el slogan “Pálacio si, Icaza no”. Así en *Claves para la literatura ecuatoriana de hoy* (Cueva, Agustín, 1986, p.185) 1985, pasa revista a la producción literaria ecuatoriana a partir de los 60, desde los recitales tzántzicos, las revistas *Pucuna*, *Indoamérica*, *La Bufanda del sol*, hasta la narrativa que se inicia en los 70 y tiene varios puntos altos y múltiples figuras, entra las que menciona a Raúl Pérez, Iván Egüez, Abdón Ubidia, Francisco Proaño, Jorge Velasco, Béjar Portilla entre otros. Y vuelve a insistir, en que ninguno de ellos escribe como Pablo Palacio,

Otra tesis importante puntualizada por Agustín fue de cuestionar la tesis socorrida de que la izquierda se define por el realismo decimonónico y la vanguardia por su adhesión a la autonomía del arte.

La fórmula de legitimidad era, a primera vista, contundente: Icaza y la generación del 30 se correspondían con el realismo y el naturalismo decimonónicos. Palacio era el siglo XX, a veces Kafka, otras Joyce, incluso el surrealismo y Pirandello. Habitantes de fines del Siglo XX, los nuevos narradores debían partir de Palacio, Joyce, Kafka, Faulkner a la conquista del Siglo XXI y encontrar en su camino algunas estaciones de tránsito: la nueva novela, el experimentalismo del grupo Tel Quel, Phillip Sollers quizá...

26 En el excelente seminario sobre “Jorge Icaza y Palacio y las vanguardias latinoamericanas”, organizado en la UASB bajo la dirección de Alicia Ortega Caicedo, tal periodización fue de uso general.

27 Los equívocos surgieron de lo que Cueva llamó “contrapunteo”, cifrado en la valoración de los dos escritores, modalidad analítica criticada por el propio Cueva: “Seamos además francos: sin nombres como los de Jorge Icaza en la narrativa o el de Oswaldo Guayasamín en la pintura, es decir sin los grandes indigenistas, nuestra proyección universal se vería hartamente mermada. Pablo Palacio (1906-1947), por ejemplo, el “antirealista” al que algunos compatriotas reivindican actualmente como símbolo alternativo de aquella época me parece –con todo el respeto que merecen las opiniones ajenas– un escritor menor, en muchos sentidos interesante, pero de segunda línea” (Cueva, Agustín, 1986, pp.143-144).

El realismo era así una suerte de etapa infantil, el primer grado de la percepción del mundo y de la construcción literaria. Ángel Felicísimo Rojas declaró que el realismo social era la edad infantil de nuestra literatura. Adoum habló del “...lento proceso de formación de una tradición de género...” en que la novela regional, entre las cuales la indigenista, habría sido la primera escala²⁸.

Más aún, la fórmula tenía su correlato político. El realismo social era la propuesta estética de la izquierda, en tanto la advocación a Palacio defendía la libertad y la autonomía artísticas.

Dicha aseveración era y es una enorme falsificación histórica. Tal como lo hemos señalado, fueron dos grandes artistas de izquierda, confesos marxistas ambos, Eisentein, y su propuesta del *montaje de atracciones*, y Brecht, y su teoría del *teatro épico*, los mayores críticos del naturalismo y los propugnadores de una estética opuesta. La herencia del naturalismo francés e inglés fue asumida, más bien, por el cine oficial de E.U., Griffith primero y el Actor´s Studio -y su fundamento las tesis de Stanislawski- después.

Las vanguardias europeas fueron gestadas por la izquierda. El fundador de *Dada*, Tristán Tzara, ingresó al partido comunista, tal que Louis Aragón y Paúl Eluard, figuras del surrealismo. Y Bretón fue partidario de Trotsky, con quien escribió un *Manifiesto por un arte revolucionario independiente*. La unidad compleja y contradictoria entre vanguardia política y vanguardia artística ha sido una de las temáticas fascinantes de la historia y que fuera tan espléndidamente analizada por la dramaturgia de Peter Weis tanto en su famoso *Marat-Sade* cuanto en su “*Trotsky en el exilio*”.

En América Latina los ejemplos son innumerables: Oquendo de Amat, fundador de la poesía vanguardista del Perú en sus *Cinco Metros de Poema* y dirigente del Partido Comunista peruano; Luis Vidales, Secretario

28 Tesis problemática, por decir lo menos, si consideramos que, en el balance del Siglo XX, las novelas “regionales” son las mayores exponentes de la narrativa latinoamericana: *Pedro Páramo*, *Gran Sertón Veredas*, *Los ríos profundos*...

del Partido Comunista colombiano, en los 30 y autor de *Suenan Timbres*, “el mejor y casi único poemario vanguardista en Colombia”²⁹, Cesar Moro participante activo en la publicación *Surréalisme au Service de la Révolution* y activista de la defensa de la República española, expulsado del Perú en 1938 por sus ideas políticas; Gabriel Churata, iniciador del Partido Comunista del Puno y promotor del movimiento vanguardista “gesta Bárbara”, el Centro Cultural Orkopata y del Boletín Titikaka (1919-1931) Bolivia; Gilberto Owen, México. En el Ecuador, Miguel Ángel León, uno de los principales poetas vanguardista fundador del periódico socialista “La Tierra”; Manuel Agustín Aguirre, cuyos “Poemas Automáticos”, 1931 le consagraron representante del ultraísmo, y del surrealismo, luego dirigente de la revolución del 44 y fundador del Partido Socialista Revolucionario; Hugo Mayo, adalid de la vanguardia ecuatoriana, dadaísta, anarquista y admirador de Bakunin. En poesía, basta citar solo a los chilenos -Huidobro, el primer Neruda, Gonzalo Rojas, Pablo de Rocka- y a César Vallejo. Vale aclarar que el propio Pablo Palacio era un militante de izquierda

Quizá el mejor ejemplo de todos sea el de José Carlos Mariátegui, el más grande pensador marxista latinoamericano, fundador del Partido Comunista del Perú, y entusiasta impulsor de la vanguardia poética peruana en su Revista *Amauta*³⁰.

En cambio, los mayores escritores del realismo social no fueron precisamente militantes de izquierda. Ciro Alegría fue primero militante del aprismo y luego de Acción Popular de Belaunde Terry, partido de derecha; Jorge Icaza, de una formulación populista clásica, CFP; Augusto Céspedes del MNR.

La tesis de la *generación del 30* como decimonónica y la vanguardia sigloventina, no hace sin expresar una visión colonial, tan criticada por

29 El único poeta colombiano incluido en el Índice de la nueva poesía americana, Antología realizada por Jorge Luis Borges, Vicente Huidobro y Alberto Hidalgo, 1926.

30 *Amauta* fue la difusora, amén de literatura peruana, de muchas nuevas corrientes de pensamiento europeo en el Perú, como el psicoanálisis, cubismo, la nueva narrativa rusa, Maiakowsky

Cueva, de que el desarrollo literario y artístico del Ecuador y los países de la periferia, reproduce con décadas de retraso, la evolución del arte y la literatura europeas. Aquí, el paso de las vanguardias de los 20 a la literatura social de los 30 obedece a razones propias en el piso de las cuales subyace lo que se denominó el tránsito de la “fase de desarrollo hacia afuera” a una propensión al “desarrollo hacia adentro”.

Cueva insistió en que el conflicto de los 60 y 70 sobre la tesis del “compromiso de la literatura” no tenía nada que ver con una eventual defensa del realismo social o socialista ni con corriente literaria alguna. El realismo social había dejado de existir hacia los 50 y el promotor de la tesis del *compromiso*, Jean Paúl Sartre, era la imagen misma de la libertad artística, y sus mayores practicantes –Cortázar, García Márquez, Jean-Luc Godard, Susan Sontag, John Osborne, Harold Pinter y los iracundos y tantos otros- representaban todas las renovaciones literarias de la época.

Cueva sostuvo en varias ocasiones que ninguno de los escritores de la generación que invocó a Palacio como su mentor y guía, ha sido realmente influido por la escritura del autor de *Débora* y *La vida del ahorcado*.

Cueva y la literatura en América Latina
¿Sociología de la literatura?

En los debates sobre los análisis literarios de Agustín Cueva, hay quienes han sostenido que el problema proviene del malentendido de confundir estudios fundados en una sociología de la literatura –los de Cueva- con los originados en una teoría y metodología literaria, ajenas a las preocupaciones del autor de *Entre la Ira y la Esperanza*.

Esa tesis adolece de un error de perspectiva. Si bien inicialmente la sociología de la literatura se a la teoría que inspira a Cueva, analiza las determinaciones sociales no en los contenidos del texto literario sino en su forma.

En tal perspectiva, sus análisis comportan una estética. La literatura es, en su concepción, donación de forma y sus investigaciones literarias

se remiten a la representación, al juego de imágenes y, en particular, a la dimensión simbólica. Cueva es consciente de que una visión estética contiene otros elementos, los señala y a veces profundiza en ellos como en su excelente texto sobre la obra de García Márquez, a pesar de su deslucido título.

Literatura y conciencia histórica en América Latina

Un magistral análisis de la narrativa de García Márquez inicia *Literatura y conciencia histórica en América Latina*, libro publicado, de manera póstuma por Erika Hannenkamp, en 1993, a un año de su muerte y que contiene además varias reflexiones sobre el colonialismo, viejo tema central de la sociología de la literatura de Cueva y una renovada panorámica de la literatura ecuatoriana del Siglo XX.

En estas obras, Cueva transita de la visión de su primera obra a una metodología marxista, sin abandonar la riqueza del análisis simbólico. La *donación de forma* a un referente empírico determinado es el eje metodológico central del análisis que permite a Cueva reconstruir los imaginarios culturales de las distintas épocas históricas del Ecuador y América Latina e indagar por las ambigüedades y problemas de nuestro ser cultural.

¿Por qué esa suerte de retorno a la literatura en los 80 y 90, época tan opuesta a la de aquella que germinó *Entre la Ira y la Esperanza* y que el propio Cueva denominó como la “derechización de Occidente”?

El derrumbe de la URSS y la fracaso de los nacionalismos tercermundistas – concretados en América latina en la derrota de los sandinistas y del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional FMLN de El Salvador- crearon un oscuro horizonte para nuestros países, marcado por la hegemonía unipolar de los EE.UU., la globalización neoliberal y el fin de las perspectivas revolucionarias. El marxismo y el juicio crítico pasaron al ostracismo, calificados de “dinosaurios” y una suerte de “pensamiento único” saturó la vida intelectual de Occidente.

Hubo pocos intelectuales como Agustín que, “aislado y aun cercado por la euforia de las nuevas corrientes sociológicas, a contracorriente del mercado de prestigio y de las finanzas de la investigación social, desarrolló el pensamiento crítico en las nuevas condiciones” (Moreano, Alejandro, 2009, p.20). Antes que someterse y asumir las tesis contrarias o ensayar un perfil discreto como hicieron tantos otros, Agustín extremó su capacidad de batalla y enfrentó con extrema radicalidad las tesis del neoliberalismo y de cierto “gramscismo latinoamericano”.

El retorno al análisis de la literatura formó parte de esa batalla. En su texto sobre la Crónica, arremete contra los intentos de dar estatuto literario a las crónicas de la conquista, cuyo único mérito fue desnudar, a veces sin pudor, las razones e intereses de la conquista. Si en Europa, la crónica medioeval era una suerte de juicio desde la norma a los hechos que la transgredían, en la conquista quienes transgredían toda norma eran los que la formulaban. El análisis de *La Araucana –El espejismo heroico de la conquista-* es un brillante análisis de la imposibilidad de la épica en una visión que desvalorizaba la humanidad de los vencidos, a través del único texto épico que por razones excepcionales reconocía la humanidad de Caupolicán o Lautaro. Y en *La interminable pesadilla del colonialismo* indaga con gran lucidez en las complejas contradicciones históricas y éticas que representó el apostolado de Bartolomé de Las Casas

En todos dichos ensayos, Cueva mantiene viva la vitalidad crítica y la profundidad analítica que mostrara en su primer libro; la unidad entre la escritura y la creatividad personales del ensayo, el rigor de las ciencias sociales y la pasión del discurso político.

La actualidad de Agustín Cueva

Agustín Cueva nació en Ibarra el 23 de septiembre de 1937. De 1955 a 1960 estudió en la Universidad Católica del Ecuador, donde obtuvo la licenciatura en Ciencias Públicas y Sociales. De 1960 a 1963 estudió en la École des Hautes Études en Sciences Sociales de París, adquiriendo el diploma de Estudios Superiores en Ciencias Sociales. Fue profesor y

director de la Escuela de Sociología de Quito, Ecuador, entre 1967 y 1970, y profesor de Teoría Literaria en Concepción, Chile, entre 1970 y 1972. A partir de 1973 y hasta 1992 fue catedrático de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales e investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la UNAM, de México. De 1980 a 1986 fue profesor de la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Economía de la UNAM.

Murió en 1992, en el momento más intenso de la conmoción intelectual provocada por la caída de los regímenes del Este, época que hizo pensar a muchos en la muerte del marxismo y de todo pensamiento crítico, el “fin de la historia”.

Tres décadas después, el proyecto de la derecha que en la euforia del derrumbe de la URSS parecía eterno, ha perdido su impulso. El neoliberalismo está en decadencia y la izquierda experimenta un difícil proceso de reagrupamiento. Se ha iniciado, sin dudas, el viraje del péndulo de la historia: la resurrección de la crítica social, fundamento del resurgimiento de la crítica teórica y política.

Se trata, sin duda, de un nuevo pensamiento y de una nueva crítica teórica. Agustín Cueva, una de cuyas características fue la extrema sensibilidad para el curso de los tiempos, nos invita a pensar desde hoy y no desde el pasado.

BIBLIOGRAFÍA

Arditi, Benjamín. (1988). “Expansividad de lo social, recodificación de lo político”, en Fernando Calderón (ed.). *Imágenes desconocidas: la modernidad en la encrucijada posmoderna*. Buenos Aires: Clacso.

Bambirra, Vania. (1978). *Teoría de la dependencia: una anticrítica*

Cueva, Agustín. (1988). *Las democracias restringidas en América Latina: elementos para una reflexión crítica*. Quito: Planeta.

Cueva, Agustín. (1979). *Teoría social y procesos políticos de América Latina*. México: edicol.

- Cueva, Agustín. (1988). *Teoría social y procesos políticos de América Latina: ideología y sociedad en América Latina*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, Colección Temas Latinoamericanos.
- Cueva, Agustín. (1989). *América Latina en la frontera de los años noventa*. Quito: Planeta.
- Cueva, Agustín. (1987). *La teoría marxista: categorías de base y problemas actuales*. Quito: Planeta.
- Cueva, Agustín. (1986). *Lecturas y rupturas: diez ensayos sociológicos sobre la literatura del Ecuador*. Quito: Planeta.
- Cueva, Agustín. (1993). *Literatura y conciencia histórica en América Latina*. Quito: Planeta.
- Moreano, Alejandro. (1990). "Hegemonía, sociedad civil, bloque histórico", en *La "sociedad civil" en el Ecuador: esfera pública y esfera privada* (pp. 82-83). Quito: Proyecto Consejo Nacional de Universidades y Escuelas Politécnicas.
- Moreano, Alejandro. (2002). *El apocalipsis perpetuo*. Quito: Planeta.
- Pareja, Alfredo. (1949). "Prólogo" a *Antología de la moderna poesía ecuatoriana*, Volumen I. Quito.
- Sartre Jean Paul (1986) "Prefacio", a Fanon, Franz *Los condenados de la tierra*. México: FCE.
- Verdesoto, Luis. (1993). "Hacia una relectura de Agustín Cueva: ponencia general", en *550 años, historia, actualidad, perspectiva*. Cuenca: Editorial Facultad de Filosofía, Letras y Educación de la Universidad de Cuenca.
- Žižek, Slavoj, (1998). "Multiculturalismo o la lógica cultural del capitalismo multinacional". En Eduardo Grüner (comp.), *Estudios culturales: reflexiones sobre el multiculturalismo*, Buenos Aires: Paidós.

Críticas y convergencias con la teoría de la dependencia¹

Claudio Katz*

En los años 70 Agustín Cueva fue el principal crítico marxista de las Teorías de la Dependencia. Objetó la tesis del desarrollo asociado, cuestionó la visión metrópoli-satélite y mantuvo intensas polémicas con Bambirra, Dos Santos y Marini. Pero a partir de confluencias políticas, en la década siguiente participó de un reencuentro teórico que modificó el abordaje del subdesarrollo.

Funcionalismo sin sujetos

Cueva sobresalió como un intelectual muy creativo. Se forjó en el ambiente localista de Ecuador, absorbió concepciones estructuralistas en Francia y maduró su novedosa mirada historiográfica en México. Compartió

* Invitado por el Grupo de Trabajo CLACSO Herencias y perspectivas del marxismo. Economista, investigador del CONICET, profesor de la UBA, miembro del EDI. Su página web es: www.lahaine.org/katz

¹ Texto publicado originalmente en: Katz, Claudio. (2018). *La teoría de la dependencia, 50 años después*. Buenos Aires: Batalla de las ideas, pp. 119-142.

ciertas estrategias políticas con los partidos comunistas, pero cuestionó el dogmatismo imperante en la URSS (Prado, María, 1992).

Sus debates con la teoría de la dependencia comenzaron con tres objeciones al esquema de Cardoso-Faletto. Criticó, en primer término, el uso de criterios funcionalistas para explicar la historia de América Latina, señalando que el “desarrollo hacia adentro” o las “colonias de explotación” carecían de la consistencia explicativa. Retrataban peculiaridades de ciertas áreas o singularidades de los productos exportados, pero no aportaban criterios para la interpretación del subdesarrollo.

Cueva puntualizó que las ventajas o inconvenientes generados por los recursos de cada región no clarifican la lógica capitalista, ni esclarecen las aptitudes diferenciadas para la acumulación. Señaló que sólo los conceptos marxistas de fuerzas productivas, relaciones de producción y lucha de clases facilitan ese análisis (Cueva, Agustín, 1976).

El pensador ecuatoriano estimó que Cardoso soslayaba los procesos histórico-sociales en todas sus caracterizaciones. Señaló que FHC ofrecía una descripción de las ventajas del control nacional sobre los recursos (México) frente a su administración foránea (pequeños países de Centroamérica). Destacó que también retrataba las conveniencias de ciertas alianzas políticas para incentivar la industrialización (Brasil en los años 60) u obstruirla (Argentina en el mismo periodo) (Cueva, Agustín, 1973, p.102).

Pero el teórico andino puntualizó que en ese pantallazo, los desequilibrios de la acumulación capitalista eran tan omitidos como los conflictos entre los grupos dominantes.

Cueva objetó, en segundo lugar, el razonamiento “externalista” de Cardoso. Destacó que su enfoque sustituía el análisis de cada economía latinoamericana por una simple constatación de inserciones en el mercado mundial. Señaló que la contraposición entre situaciones de enclave y control nacional de los recursos nacionales registraba conexiones

externas, sin indagar la dinámica endógena del desenvolvimiento de cada país.

Estimó que la omisión de la dimensión agraria ilustraba ese desconocimiento de los procesos internos. Destacó especialmente la ausencia de referencias a los conflictos entre campesinos y latifundistas, que determinaron los principales desenlaces progresivos (México) o regresivos (Perú, Colombia) de la historia regional. Observó que en muchas circunstancias esos procesos fueron más determinante del subdesarrollo que las exacciones externas.

En tercer lugar, Cueva advirtió la total ausencia de sujetos populares en la radiografía expuesta por Cardoso. Remarcó que presentaba al pueblo como un acompañante pasivo de las alianzas tejidas por las burocracias con las clases dominantes.

El teórico ecuatoriano señaló que FHC sólo reconocía cierta gravitación de la clase media, ignorando por completo a los obreros, campesinos o desposeídos. Estimó que ese desconocimiento obstruía cualquier análisis de lo acontecido en un continente convulsionado por rebeliones y resistencias populares (Cueva, Agustín, 1976).

Con esta temprana percepción del funcionalismo, el externalismo y la omisión de las confrontaciones de clases, Cueva puso de relieve defectos en la obra de Cardoso, que los teóricos marxistas de la dependencia resaltaron con mayor tardanza (Katz, Claudio, 2016).

Exogenismo mecánico

Cueva objetó también la visión externalista del esquema metrópoli-satélite y la interpretación del subdesarrollo como un resultado exclusivo de la inserción subordinada en el mercado mundial (Cueva, Agustín, 1979^a, pp. 7-11).

Cuestionó el énfasis unilateral de Frank en los desequilibrios exógenos, señalando que América Latina no era dependiente por su integración

en el mercado mundial, sino por la obstrucción interna a su desarrollo. Observó que el predominio de rentas improductivas generadas por la primacía de las haciendas, plantaciones y latifundios bloqueó más la acumulación de capital, que las succiones coloniales o imperiales.

El pensador ecuatoriano atribuyó los errores de Frank a su asimilación acrítica de los enfoques de la CEPAL, exclusivamente centrados en el deterioro de los términos de intercambio. Señaló que esa mirada indujo a generalizaciones excesivas y a suponer que todas las sociedades latinoamericanas están cortadas por un mismo patrón.

Cueva destacó que el simplificado modelo de satélites y metrópolis omite las diferencias entre economías tan disimiles como Chile y Brasil. Cuestionó también la atención excluyente al comercio en desmedro de la producción, como principal determinante del subdesarrollo (Cueva, Agustín, 1986). Varios autores de la época tipificaron ese defecto con el término de “circulacionismo”.

El crítico andino también cuestionó las conclusiones de su colega alemán. Estimó que la conocida fórmula para describir el retraso latinoamericano (“desarrollo del subdesarrollo”) sugería un erróneo escenario de estancamiento.

Cueva objetó la identificación de una situación dependiente con bloqueos a cualquier expansión y propuso indagar a Latinoamérica como un eslabón débil del desarrollo desigual del capitalismo. Resaltó que la competencia y la inversión son incompatibles con el estancamiento, en un sistema sujeto a espirales de contradicciones (Cueva, Agustín, 1977, pp. 98-113, 437-442).

El teórico ecuatoriano criticó, además, la desconsideración por los antagonismos entre opresores y oprimidos. Cuestionó la sustitución analítica de las luchas y las sublevaciones por meras clasificaciones de satélites.

Frank no respondió. Se limitó a registrar esos señalamientos como un indicio del impacto generado por su propia obra. Esta actitud fue

congruente con el abandono de la Teoría de la Dependencia que consumó al poco tiempo de haberla formulado (Frank, André, 1970, pp. 305-327).

Posteriormente retomó el tema afirmando que su enfoque nunca privilegió el comercio, ni desconoció las dimensiones endógenas. Pero no aportó argumentos para justificar esa opinión (Frank, André, 2005).

Las observaciones de Cueva sintonizaron con objeciones de otros analistas, que remarcaron “unilateralidades” del enfoque metrópoli-satélite (Vitale, Luis 1981), su “exagerado dependentismo” (Martins, Carlos, 2009) o su “pesimismo apocalíptico” (Boron, Atilio, 2008).

Problemas del pan-capitalismo

La crítica de Cueva se extendió al diagnóstico del capitalismo comercial instaurado en América Latina desde el siglo XVI. Frank afirmaba que desde esa época predominó en la región un sistema de producción orientado por el mercado. Expuso esa tesis en polémica con las teorías del pasado feudal, señalando que nunca rigió una economía cerrada o meramente rural (Frank, André, 1970: 31-39, 167-168).

Cueva remontó también el origen del subdesarrollo a la colonia, pero no atribuyó ese problema al comercio. Recordó la devastación sufrida durante la “des-acumulación originaria” impuesta por la conquista y señaló que esa depredación no instauró modalidades capitalistas (Cueva, Agustín, 1973: 65-78).

El pensador andino criticó la identificación del capitalismo con el intercambio comercial. Contrapuso la asociación de ese sistema con la economía monetaria (Adam Smith), a su presentación como un modo de producción basado en la explotación del trabajo asalariado (Marx). Subrayó que el capitalismo presupone procesos industriales de extracción de plusvalía, inexistentes en esa época no sólo en América Latina, sino también en Europa.

Cueva remarcó la preeminencia inicial en América Latina de regímenes pre-capitalistas estrechamente conectados con el naciente mercado mundial. Objetó el simplificado contrapunto entre los intérpretes de la colonización feudal y capitalista, destacando la imposibilidad de corroborar ambas caracterizaciones. Propuso incorporar la noción de formaciones económico-sociales para resolver ese problema (Cueva, Agustín, 1988).

Señaló que las articulaciones de variados modos de producción rigieron desde la conquista hasta el siglo XIX (Cueva, Agustín 1979a: 60-68). Distinguió especialmente tres modalidades: la servidumbre en la hacienda, la esclavitud en las plantaciones y el trabajo asalariado en los latifundios. Entendió que esta atención por la forma de explotación imperante era más congruente con el marxismo, que la jerarquización analítica del comercio exterior. Rechazó el pan-capitalismo de Frank por reducir cuatro siglos de historia a la primacía de un modo de producción contemporáneo (Cueva, Agustín, 1978).

El pensador ecuatoriano también destacó que el concepto de formaciones económico-sociales era indispensable para comprender el subdesarrollo desigual de América Latina. Estimó que lo ocurrido en cada proceso nacional se explicaba por la disolución de las bases pre-capitalistas, que precedieron al afianzamiento de los modelos oligárquicos predominantes desde el siglo XIX (Cueva, Agustín, 1982).

El teórico andino ubicó el origen contemporáneo del subdesarrollo en la consolidación de la gran propiedad rural y describió cómo las repúblicas balcanizadas impidieron el surgimiento de los *farmers*. Situó la causa central del atraso latinoamericano en la carencia (Ecuador, Brasil) o insuficiencia de transformaciones agrarias (México, Bolivia).

Esta relevancia asignada a los determinantes internos del subdesarrollo sintonizó con otras miradas igualmente inspiradas en el enfoque althusseriano (Howard, MC; King, J, 1989, pp. 205-215). Todas rechazaban las contraposiciones tradicionales entre feudalismo y capitalismo,

subrayando el predominio de mixturas condicionadas por la penetración desigual e insuficiente del capitalismo.

Estas visiones empalmaron con las objeciones dentro de la propia teoría marxista de la dependencia a la omisión de las estructuras internas y con la crítica a la falsa equiparación de situaciones coloniales y contemporáneas (Dos Santos, Theotonio, 1978, pp. 303-304, 336-337; Marini, Ruy, 1973, 19). Estos cuestionamientos resaltaron el olvido de las *raíces de la dependencia en el plano productivo* (Chilcote, Ronald, 1983) y convergieron con otros críticos de la tesis del capitalismo vigente en América Latina desde 1492 (Salama, Pierre, 1976:13).

Cueva también objetó el desconocimiento del protagonismo que tuvieron las clases populares en la historia latinoamericana. *Señaló que Frank ignoró esa incidencia en las luchas por la Independencia y en las revoluciones agrarias, nacionales o antiimperialistas de la centuria posterior* (Cueva, Agustín, 1979^a, pp. 69-93).

El teórico ecuatoriano abordó el estudio del pasado desde una óptica de los oprimidos (“historia por abajo”), para subrayar cómo ese legado nutrió la cultura de la izquierda. Propició un enfoque que despuntaba también en teóricos marxistas de otras regiones. Los historiadores ingleses, por ejemplo, exploraban en esa época una nueva síntesis entre el papel de estructuras económicas y el rol definitorio de la lucha social (Kaye, Harvey, 1989).

¿Singularidad metodológica?

Cueva también criticó el status teórico del concepto dependencia. Objetó la enunciación de leyes específicas del capitalismo subordinado, señalando que esos principios sólo se corresponden con la universalidad de los modos de producción, sin aludir al centro o a la periferia. *Precisó que las formaciones sociales específicas no están sujetas a ningún tipo de legalidad* (Cueva, Agustín, 1976).

El pensador ecuatoriano formuló estas observaciones en términos genéricos, pero reprochó la errónea búsqueda de leyes peculiares a “un autor tan riguroso” como Marini.

Cueva no cuestionó la existencia de una dinámica específica de la economía latinoamericana. Objetó su presentación como leyes, señalando que esas reglas explican el funcionamiento del feudalismo o el capitalismo, sin extenderse a los ámbitos peculiares de esos sistemas (Cueva, Agustín, 1979b).

El pensador andino no profundizó en las consecuencias epistemológicas de su planteo. No pretendía iniciar una controversia filosófica, sino aportar argumentos al debate con los teóricos del singularismo regional. Por eso le cuestionó a Cardoso su búsqueda de originalidades latinoamericanas y rechazó la vehemencia identitaria de muchos auspiciantes de las ciencias sociales latinoamericanas.

Cueva tenía preocupaciones inversas a Marini. En vez de lamentar la ausencia de autores localizados en la región, resaltaba el exceso de provincialismo y la escasa absorción de ideas universalistas. Desechaba la existencia de “categorías nuestras” y confrontaba con las mitologías regionalistas (Cueva, Agustín, 1979a: 83-93).

En este debate Cueva prolongaba la batalla que había librado en Ecuador contra la ideología del mestizaje. Denunciaba el retrato imaginario de una armónica convivencia entre pueblos, que difundían los pensadores de las clases dominantes. Estimaba que ese idílico universo encubría la opresión ejercida por las elites adineradas y cuestionaba esa demagogia nacionalista desde una postura socialista (Tinajero, Fernando, 2012, pp. 9-35).

Esta oposición al nacionalismo populista explica la hostilidad de Cueva a la pretensión de elevar el status conceptual de la teoría de la dependencia. Rechazó esa aspiración afirmando que América Latina estaba regida por principios generales del capitalismo.

Para el teórico ecuatoriano las sociedades latinoamericanas era particulares, pero no originales y la indagación de sus dinámicas no implicaba descubrir leyes propias de la región.

Pero sus críticas sólo eran pertinentes para los pensadores que recurrían a explicaciones espiritualistas de la identidad latinoamericana o para los constructores de forzados de destinos nacionales. Ninguno de esos defectos se verificaba en los teóricos marxistas de la dependencia. Las acusaciones de nostalgia nacionalista contra varios integrantes de esa corriente carecían de justificación.

No sólo Dos Santos, Marini y Bambirra postulaban enfoques socialistas con miradas universalistas. Cardoso mantenía afinidades con el cosmopolitismo liberal y Gunder Frank con variantes libertarias de ese mismo ideario. El equívoco de Cueva estuvo muy influido por el tenso clima político de los años 70.

El balance de la Unidad Popular

Todos los participantes del debate de la dependencia estuvieron personalmente involucrados en la experiencia de la Unidad Popular chilena. Al igual que sus colegas, Cueva tuvo enormes expectativas en un desemboque socialista de ese proceso. Describió esa oportunidad en un país con excepcionales tradiciones de continuidad institucional. Señaló que ese legado facilitó el triunfo electoral de la izquierda, pero fue también utilizado por el pinochetismo para preparar el golpe.

Cueva estimó que la derecha demostró una voluntad de poder ausente en la UP. Esa coalición buscó acuerdos con la oposición y no supo utilizar el respaldo popular para desbaratar la asonada.

El pensador ecuatoriano retrató el papel arbitral de Allende y la confianza socialdemócrata en el legalismo. Pero también criticó la conducta “aventurera” del MIR por su promoción de acciones directas “utilizadas por la derecha” (Cueva, Agustín, 1979^a, pp. 97-140).

Marini extrajo un balance totalmente opuesto. Identificó el triunfo de la UP con la apertura de un proceso revolucionario y responsabilizó al Partido Comunista por la frustración de ese curso. Criticó especialmente la hostilidad de esa organización a cualquier desborde del marco político burgués.

El economista brasileño estimó que Allende quedó atrapado en una tolerancia suicida del golpe. Señaló que el MIR nunca realizó acciones adversas a la UP. Al contrario colaboró con ese gobierno, promovió comités para sostenerlo, alentó la reforma agraria y la continuidad de la producción sabotada por los capitalistas (Marini, Ruy, 1976a). Reivindicó al mismo tiempo el intento de gestar formas de poder alternativo para contener a Pinochet (Marini, Ry 1976b).

Dos Santos coincidió con Marini. Integraba el Partido Socialista y proponía la unión de toda la izquierda para radicalizar el proceso abierto con el gobierno de Allende (Dos Santos, Theotonio, 2009, pp.11-26).

En una mirada retrospectiva la balanza de la discusión se inclina a favor de Marini. El teórico de la dependencia captó la disyuntiva imperante en 1970-73 entre el debut del socialismo y el triunfo de la reacción. Cueva eludió ese dilema con enunciados contradictorios.

El escritor ecuatoriano objetó tanto la miopía institucionalista como la acción directa, sin aclarar cuál de los dos problemas fue determinante del trágico desenlace. Mientras que la izquierda de la UP fomentaba el poder popular, el sector conservador de ese frente buscaba una alianza con la Democracia Cristiana, para gestar una etapa de capitalismo nacional.

Cueva sugirió una tercera opción sin explicar cómo podría implementarse. Criticó la supresión de etapas intermedias y el desconocimiento de la correlación de fuerzas (Cueva, Agustín, 1979a: 7-11). Pero Marini tomaba en cuenta ambos problemas al apoyar las iniciativas desde abajo en los cordones industriales y las comunas agrarias.

Tanto Cueva como Marini promovían la conversión de los triunfos electorales de la izquierda en dinámicas radicales de conquista del poder. Pero confrontaron duramente en la definición de las estrategias para alcanzar ese objetivo. Esta divergencia se proyectó a otros planos y generó drásticas críticas (Cueva, Agustín 1988) y virulentas defensas de la Teoría de la Dependencia (Marini, Ruy, 1993; Dos Santos, Theotonio, 1978, pp. 351, 359, 361; Bambilra, Vania, 1978, pp. 40-73).

Endogenismo tradicional y transformado

Aunque Cueva compartió la estrategia de muchos partidos comunistas, no cuestionó la Teoría de la Dependencia desde ese alineamiento. Su enfoque contrastó con las objeciones formuladas por esa corriente.

Los exponentes del comunismo oficial criticaban el rechazo de Frank, Marini y Dos Santos a la política de alianzas con la burguesía nacional. Señalaban que con esa oposición se negaba la primacía de la lucha antiimperialista, se desconocía la necesidad de los frentes poli-clasistas, se desvalorizaba al campesinado y se omitía la centralidad de la lucha democrática (Fernández, Raúl; Ocampo, José, 1974).

Pero en los hechos las alianzas con las “burguesías progresistas” conducían a esos desaciertos. Esos grupos dominantes adoptaban posturas regresivas de atropello a los trabajadores y de sostén de la represión. El oficialismo comunista no registraba, además, las potencialidades socialistas abiertas con la revolución cubana, que dos teóricos de la dependencia expusieron en un elaborado texto (Dos Santos, Theotonio; Bambilra, Vania, 1980).

Cueva no participó en esas discusiones, ni repitió las acusaciones que recibía el dependentismo por su parentesco con la “ideología burguesa”. Ese cuestionamiento resaltaba el contenido filosófico “idealista” de esa concepción, subrayando su desatención por las problemáticas materialistas de la relación del capital con el trabajo (Angotti, Thomas, 1981). También alertaba contra la existencia de una confusa variedad de

conceptos de la dependencia, que eran aprovechados por los autores pro-imperialistas.

La inconsistencia de estas observaciones salta a la vista en cualquier lectura contemporánea. Pero los disparos verbales sin contenido eran muy frecuentes en una época de razonamientos orquestados en torno a fidelidades o herejías hacia el partido. Cueva se ubicó en un ámbito político próximo al comunismo sin compartir esos códigos. Nunca substituyó la reflexión por la demolición de los disidentes.

Tampoco crucificó a los teóricos de la dependencia por su resistencia a endiosar a la Unión Soviética, ni estimó que le “hacían el juego al imperialismo” por soslayar panegíricos del “campo socialista”.

El pensador ecuatoriano desarrolló, en cambio, los argumentos endogenistas sugeridos por varios críticos comunistas de la teoría de la dependencia. Transformó vagas observaciones en sólidos planteos, objetando especialmente la atención unilateral por los procesos de circulación comercial, en desmedro de la dinámica productiva del capitalismo.

Cueva resaltó también la importancia de priorizar el atraso agrario como explicación del subdesarrollo subrayando el peso del latifundio, la gravitación de la renta y la incidencia del campesinado. Postuló que la asfixia endógena generada por el estancamiento agrario era más gravitante que la exacción exógeno-imperial.

Pero a diferencia del endogenismo tradicional, Cueva nunca atribuyó el retraso de la región a la persistencia de resabios feudales, ni planteó la necesidad de una alianza con la burguesía para superar esa rémora.

El teórico andino desarrolló la crítica al exogenismo de Frank sin compartir los preceptos del endogenismo tradicional. Rechazó el mecánico esquema de etapas históricas sucesivas y razonó con criterios de desarrollo desigual y combinado.

En su madurez Cueva ponderó la atención de la Teoría de la Dependencia al lugar internacional de América Latina, pero continuó señalando

la carencia de nítidas conexiones analíticas con los parámetros locales. Resaltó la génesis nacional del capitalismo y subrayó los determinantes internos de la acumulación. Buscó por esa vía aportar fundamentos endógenos al dependentismo.

Coincidencias contra el pos-marxismo

Con el afianzamiento de las dictaduras la Teoría de la Dependencia perdió gravitación. En los años 80 algunos autores diagnosticaron la disolución de esa escuela, junto al declive de los proyectos emancipación (Blomstrom, Magnus,; Hettne, Bjorn 1990, p. 105, 250-253).

Ese retroceso no obedeció a miradas erróneas de la realidad latinoamericana, sino a las derrotas sufridas por los movimientos revolucionarios. Los conceptos de la dependencia no sucumbieron. Fueron silenciados por la contra-reforma neoliberal (López Hernández, Roberto, 2005). La teoría que dominó el escenario precedente quedó relegada por motivos políticos y perdió interés entre nuevas generaciones distanciadas de la radicalidad anticapitalista.

La derrota electoral del Sandinismo en 1989 inauguró un repliegue de los proyectos socialistas, que se profundizó con la implosión de la Unión Soviética. La Teoría de la Dependencia decayó como consecuencia de ese retroceso.

Cueva y Marini receptaron de inmediato el golpe e iniciaron un proceso de aproximación en numerosos terrenos, aunque disintieron en la caracterización de las dictaduras.

El pensador ecuatoriano definió a esas tiranías como regímenes fascistas, equiparables a la barbarie de entre-guerra (Cueva, Agustín, 1979^a, pp. 7-11). El teórico brasileño resaltó, en cambio, las diferencias con lo ocurrido en el Viejo Continente. Destacó la debilidad de las burguesías latinoamericanas, que aceptaban el rol sustituto de los militares sin forjar bases propias de sustentación política (Marini, Ruy, 1976b).

Más allá de estos matices, ambos pensadores convergieron de inmediato en la prioridad de la resistencia democrática. Cuando decayeron las tiranías denunciaron los pactos concertados por los partidos tradicionales con los militares para perpetuar la cirugía neoliberal.

Cueva desplegó una intensa polémica con los autores que justificaban esas negociaciones. Señaló que esos acuerdos socorrían a los gendarmes, consagraban su impunidad y garantizaban las transformaciones regresivas del neoliberalismo (Cueva, Agustín, 2012). Marini expuso la misma denuncia, mediante categóricos rechazos de la tutela militar de las transiciones pos-dictatoriales.

Pero la principal batalla convergente de Cueva y Marini fue la crítica a los intelectuales pos-marxistas (Laclau). Estos autores abandonaron el análisis de clase, desecharon la centralidad de la opresión imperial y consideraron perimida la acción de la izquierda. También redescubrieron la socialdemocracia y se reencontraron con los viejos partidos dominantes (Chilcote, Ronald, 1990).

En este escenario Cueva y Marini concentraron todos sus dardos en la defensa del antiimperialismo y el socialismo y polemizaron con la presentación mistificada del capitalismo como un régimen inmodificable.

El escritor ecuatoriano también modificó en ese período su valoración del populismo. En vez de resaltar la funcionalidad de esa vertiente para la ideología burguesa, subrayó el fermento que aportaba a las concepciones jacobinas, que en América Latina enlazaban al nacionalismo radical con el socialismo (Cueva, Agustín, 2012, pp. 183-192).

En el mismo período Marini retornó a Brasil después de 20 años de exilio y enfrentó la hostilidad de los ex dependentistas acomodados en el universo académico. Denunció ese amoldamiento y retomó sus debates con Cardoso (Marini, Ruy, 1991). La confluencia con Cueva fue un resultado natural de esa batalla contra adversarios comunes.

Reencuentro con la dependencia

Cueva y Marini encararon una discusión también convergente con los teóricos neo-gramscianos (Aricó, Portantiero). Esa corriente reformulaba el pensamiento del comunista italiano, para derivar de ese enfoque una visión laudatoria de la democracia. Ignoraba el perfil distintivo de ese sistema político en los diversos regímenes sociales y estimaba que el antiimperialismo y la dependencia eran conceptos obsoletos.

Cueva rechazó esa visión presentado nuevos datos de la subordinación económica y el sometimiento político de América Latina. Ilustró cómo la dependencia se había acentuado con el agravamiento del endeudamiento externo (Cueva, Agustín, 1986).

El teórico ecuatoriano señaló que el subdesarrollo persistía junto a los procesos de modernización. Resaltó la combinación de pobreza y opulencia vigente en Brasil (“Belindia”) y demostró la inexistencia de una aproximación de la economía latinoamericana con los países centrales (Cueva, Agustín, 1979^a, pp. 7-11).

Con esta exposición Cueva precisó sus caracterizaciones anteriores. Afirmó que en los años 70 había criticado a la Teoría de la Dependencia desde posturas de izquierda, antagónicas con los cuestionamientos derechistas que observaba veinte años después. Declaró su total oposición a estas miradas y revalorizó los aciertos de la concepción que había cuestionado.

Cueva ratificó su proximidad con la Teoría de la Dependencia, aclarando que nunca negó la sumisión latinoamericana al orden imperial. Ratificó su pertenencia al mismo ámbito antiimperialista de los autores que objetó en el pasado. Señaló que sólo pretendió completar el enfoque dependentista, para superar su desconsideración de los determinantes internos del subdesarrollo (Cueva, Agustín, 1988).

El pensador ecuatoriano expuso esta reconsideración con elogios al trabajo de Marini (Cueva, Agustín, 2007, pp.139-158) y a las posturas adoptadas por Dos Santos durante su retorno a Brasil (Cueva, Agustín,

1986). A su vez, Marini reivindicó las críticas de Cueva a los intelectuales pos-marxistas y ponderó sus diferencias con otros autores endogenistas (Marini, Ruy, 1993).

El camino inverso

Cueva fue el último exponente del endogenismo marxista y el precursor de una síntesis con la Teoría de la Dependencia. Buscó soluciones en el marxismo latinoamericano a los cuestionamientos que afrontaba esa última concepción. Siguió un rumbo contrario a otros pensadores de su tradición, que optaron por el rechazo del esquema centro-periferia y adoptaron una teoría comparativa de los capitalismo nacionales.

En ese curso se embarcó, por ejemplo, el inspirador francés de la Teoría de la Regulación, Alain Lipietz. Este pensador no trabajó específicamente la problemática latinoamericana, pero asimiló en sus inicios el mismo marxismo althusseriano de Cueva.

Con ese fundamento conceptual estudió la dinámica de los modos de producción articulados buscando comprender la singularidad de los modelos nacionales. Desde esa óptica expuso también fuertes objeciones a la Teoría de la Dependencia por su desconsideración de las condiciones internas (Lipietz, Alain, 1992, pp. 20, 34-39, 62).

Pero a mediados de los 80 declaró su “cansancio” con el antiimperialismo y las interpretaciones marxistas del subdesarrollo. Objetó el principio de la polarización mundial, señalando que no existe un lugar predefinido para cada economía en la división internacional del trabajo. Subrayó la existencia de muchos sitios disponibles para situaciones de dependencia o autonomía (Lipietz, Alain, 1992, pp. 12-14, 25-30, 38-41).

El teórico francés concluyó este razonamiento ponderando la existencia de una gran variedad de capitalismo nacionales, cuyo rumbo es definido por las elites gobernantes, en función de escenarios sociales e institucionales cambiantes.

Esta tesis nutrió la Teoría de la Regulación -que mixturaba marxismo con heterodoxia keynesiana- y derivó posteriormente en las concepciones social-desarrollistas, que promueven esquemas de capitalismo redistributivo.

En este enfoque se verifican dos problemas que Cueva logró evitar. Por un lado, el abandono del horizonte socialista condujo a Lipietz, a concebir márgenes ilimitados del capitalismo para lidiar con sus propios desequilibrios.

Esa mirada supone que el mercado puede ser mejorado perfeccionando las instituciones, que la rentabilidad puede ser acotada con regulaciones estatales, que la explotación puede neutralizarse y que las crisis son manejables con dispositivos macro-económicos.

Con esos presupuestos de capitalismo auto-correctivo se promueve el régimen de acumulación más conveniente, para un sistema que siempre encontraría soluciones a sus contradicciones. De la descripción inicial de formas variadas del capitalismo se pasa a un diagnóstico de auto-superación de ese sistema, mediante tránsitos de un régimen de acumulación a otro (Husson, Michel, 2001, pp.171-182).

El segundo problema de esta modalidad de endogenismo burgués es la omisión de los condicionamientos objetivos que impone la mundialización. Se supone que el capitalismo vigente en cada país constituye una elección soberana de sus ciudadanos.

Al resaltar la determinación puramente interna del curso imperante en cada nación se olvida cómo el capitalismo mundializado modela esas dinámicas nacionales.

La hostilidad a la teoría de la dependencia termina resucitando creencias de libre elección e imaginarios de capitalismo electivo. Cueva sorteó esos desaciertos al intuir las nuevas modalidades de subdesarrollo que genera la mundialización.

La síntesis teórica

El camino de convergencia con Marini seguido por Cueva abrió el rumbo para una síntesis teórica. Ese empalme quedó planteado por el alineamiento de Cueva en el campo del dependentismo, no sólo como reacción frente a las críticas derechistas. El escritor andino reconoció la validez general de la vertiente marxista de esa concepción y distinguió ese enfoque de las simplificaciones de Frank y las inconsistencias de Cardoso.

Esta reconsideración permitió entender que la interpretación endogenista no era incompatible con la caracterización dependentista del subdesarrollo latinoamericano. Convergían de la misma forma que sintonizaron los marxistas de posguerra en la evaluación de la relación centro-periferia. Las mismas afinidades que conectaron a Sweezy-Baran, Amin y Mandel aunaron a los teóricos sudamericanos.

El encuentro de Cueva con Marini permitió decantar la teoría de la dependencia, depurar sus conceptos e incorporar aportes de otros pensadores. Esa síntesis fue un proceso de maduración simultánea. Al mismo tiempo que Cueva revalorizó la obra de sus viejos contendientes, Marini, Dos Santos y Bambirra afianzaron su distanciamiento de Frank y Cardoso.

La aproximación de endogenistas y exogenistas no implicó unanimidad, ni coincidencia plena. Cueva reafirmó su desacuerdo con varios conceptos de Marini. Resaltó el interés de los diagnósticos del ciclo productivo dependiente, pero remarcó la supremacía de la dimensión financiera.

El pensador ecuatoriano tampoco consideró satisfactorio el concepto de superexplotación, que siguió observando como una variante de la pauperización absoluta. Pero defendió enfáticamente a Marini de las acusaciones de “estancacionismo”, recordando que ese defecto signó la obra de Furtado (Cueva, Agustín, 2012, pp. 199-200).

En la síntesis de Marini con Cueva se encuentran los pilares de una caracterización integral del status de América Latina. Partiendo de la

condición subordinada y retrasada de la zona, esa visión permite distinguir tres niveles de análisis.

En el plano económico la región es subdesarrollada en comparación a los países avanzados. En la división internacional del trabajo Latinoamérica ocupa un lugar periférico, contrapuesto a la inserción privilegiada que detentan las potencias centrales. En el aspecto político padece dependencia, es decir márgenes de autonomía estrechos y contrapuestos al rol dominante que ejercen los imperios.

Subdesarrollo, periferia y dependencia constituyen, por lo tanto, conceptos conectados a una misma condición. Estas tres nociones no aparecen claramente diferenciadas en Cueva y en Marini, pero han sido precisadas por autores posteriores (Domingues, José Mauricio, 2012).

El marxista ecuatoriano y sus pares brasileños sugirieron una nítida interrelación entre los tres conceptos. Señalaron que la subordinación periférica al mercado mundial define distintos niveles de subdesarrollo, que son acentuados por la dependencia política.

Cueva y Marini resaltaron los márgenes reducidos que tiene América Latina -bajo el capitalismo- para modificar su status. Esta óptica difiere del camino abierto al desarrollo que imaginó Cardoso a partir de los años 80. También discrepa del sendero completamente cerrado a cualquier alteración que supuso Frank en la década del 70.

Los teóricos marxistas realizaron, además, exploraciones muy originales de las diferencias existentes al interior de la región. Cueva presentó un esquema de subdesarrollo desigual determinado por el grado de penetración capitalista vigente en cada país. Bambirra expuso una detallada clasificación de esas variedades y Marini investigó las singularidades de la economía más industrializada de la región.

En este abordaje cada autor jerarquizó distintas localizaciones. Cueva centró su atención en los países con resabios pre-capitalistas y Marini en las estructuras de mayor desenvolvimiento fabril.

Por esa razón el primer autor utilizó criterios endógenos aptos para el estudio del subdesarrollo agrario. El segundo privilegió en cambio parámetros de conexión con el mercado mundial, que son más útiles para comprender los desequilibrios de las economías semiindustrializadas.

Convergencia metodológica

Una síntesis de Cueva con Marini permite superar la contraposición entre primacía del abordaje interno o externo en la interpretación del subdesarrollo.

Cueva criticó el externalismo simplificador, indagando cómo rigió en América Latina una articulación variable de los modos de producción, como consecuencia del insuficiente desarrollo capitalista. Analizó la cadena de determinaciones recíprocas que se estableció entre elementos internos retrasados y componentes externos avanzados. Por su parte Marini indagó de qué forma el capitalismo internacional condiciona todas las relaciones internas de la región.

La maduración de ambas miradas contribuyó a dejar atrás posiciones binarias igualmente reduccionistas. El énfasis en la subordinación externa o en la carencia del desarrollo interno -como causa del retraso- debe modificarse según la etapa histórica analizada o la zona específicamente estudiada.

Es evidente que la devastación externa fue el dato central en las primeras décadas de la conquista de América, mientras que la regresión interna prevaleció durante la fase posterior de consolidación del latifundio. A su vez la depredación externo-colonial padecida por los enclaves mineros difirió del estancamiento endógeno-agrario, generado por el afianzamiento de las haciendas.

La Teoría de la Dependencia provee un acertado esquema de explicación de la subordinación sufrida por América Latina. Pero necesita el complemento analítico del endogenismo, para analizar el bloqueo

interno generado por la prolongada preeminencia de modalidades pre-capitalistas.

Osorio remarca cómo esa integración combina un abordaje totalizador del capitalismo dependiente, con un estudio peculiar de las formaciones históricas de la región. Destaca que estas modalidades sólo pueden ser esclarecidas evaluando su inserción en el mercado mundial. La teoría marxista de la dependencia define un marco analítico enriquecido por el endogenismo (Osorio, Jaime, 2009, pp. 94-98).

La profundización de esta síntesis exige dejar atrás tres equívocos. En primer lugar la visión sin historicidad del esquema metrópoli-satélite, que confunde la situación colonial con la dependencia posterior, suponiendo que una misma contradicción se repite a lo largo del tiempo en estructuras invariables (Osorio, Jaime, 2009, pp. 86-89).

En segundo término, corresponde abandonar el diálogo de sordos que se entabló entre las tesis de la colonización feudal y capitalista, desconociendo que la inserción de América Latina en el mercado mundial exigió recurrir a formas pre-capitalistas de producción (Osorio, Jaime, 2009, pp. 44-47).

En tercer lugar, hay que superar la falsa disyuntiva entre exogenistas puros, que ignoran cómo el capitalismo dependiente internaliza los condicionamientos externos y endogenistas puros, que desconocen la forma en que América Latina quedó inscrita en el mercado internacional (Osorio, Jaime, 2009, pp. 82-85).

El empalme de Cueva con Marini, Dos Santos y Bamberger resuelve esos escollos a partir de un abordaje integrado, que asigna alta significación a la lucha de clases en el devenir de la historia. En los cuatro autores lo interno y lo externo no alude exclusivamente a desarrollos económicos, conquistas militares o hegemonías políticas. Se refiere a incidencias y desenlaces de la confrontación clasista.

Estos enfoques se alejan del funcionalismo de Cardoso y del distanciamiento de la acción política de Frank. Razonan en una tradición de

atención simultánea al desenvolvimiento de las fuerzas productivas y a los resultados de la batalla social.

La convergencia de endogenistas y exogenistas contribuye a esclarecer también el controvertido status metodológico de la teoría marxista de la dependencia. Al principio Cueva planteó la inexistencia de leyes del capitalismo dependiente, estimando que esas normas sólo rigen para los modos de producción (capitalismo) y no para las modalidades específicas de esos sistemas (dependencia). Marini y Dos Santos definieron, en cambio, leyes de funcionamiento particulares de las regiones subdesarrolladas.

Al exigir una categorización tan restrictiva del objeto estudiado, la visión inicial de Cueva cerraba el camino para estudiar el funcionamiento específico de la periferia. Varios autores propusieron resolver esa encerrona, liberando la concepción de las fuertes exigencias que supone una teoría.

Sugirieron estudiar la dependencia como un paradigma, es decir un modelo aceptado por la comunidad de las ciencias sociales, a partir de las innovaciones radicales en las miradas prevalecientes (Blomstrom, Magnus; Hettne, Bjorn 1990). En la misma línea de pensamiento otros autores postularon caracterizar a la dependencia como una perspectiva, un enfoque o un punto de vista (Johnson, Dale, 1981).

En todas esas visiones se observa a la dependencia con un programa de investigación positivo. Su estudio permite esclarecer las relaciones centro-periferia, más allá del status epistemológico de esa indagación (Henfrey, Colin, 1981).

El paradigma de la dependencia y del subdesarrollo estudia, por lo tanto, la dinámica de la acumulación que distingue a la periferia e indaga las modalidades de funcionamiento específico del capitalismo dependiente.

En este abordaje tienen cabida las distintas variedades históricas de modos de producción y formaciones económico-sociales que rigieron en América Latina. Este enfoque incorpora, además, nuevos conceptos

como el patrón de reproducción, para estudiar los modelos peculiares del capitalismo dependiente, en los períodos contemporáneos (Osorio, Jaime, 2012, pp. 37-86). Las investigaciones iniciadas por Marini y Cueva inspiraron este fructífero desarrollo reciente.

Balances y declives

La importancia de la convergencia de Cueva con Marini fue percibida por varios analistas. Registraron cómo las divergencias entre ambos autores se redujeron al compás de sus coincidencias políticas. Ese empalme esclareció las desinteligencias precedentes y permitió superarlas a fines de los 80. Los dos teóricos se reencontraron en el escenario neoliberal, desarrollando una batalla común en defensa del socialismo (Gandásegui, Marco, 2009).

En esta convergencia definieron un abordaje similar para caracterizar la lógica del subdesarrollo y para desentrañar las causas de las brechas que separan a las economías avanzadas y retrasadas (Chilcote, Ronal, 1981). En el nuevo marco político se decantaron las viejas posiciones (Moreano, Alejandro, 2007) y se verificó que expresaban variantes de una misma matriz conceptual (Bugarelli, Luiz, 2011).

Este empalme puede ser visto como otro ejemplo de la revisión más general de las interpretaciones que contraponían las lecturas “productivista” y “circulacionista” de Marx (Munck, Ronaldo, 1981). La síntesis consumada ilustró la maduración del pensamiento social latinoamericano, que comparte ópticas antiimperialistas para el estudio de la región.

El contrapunto entre dependentismo y endogenismo perdió sentido a fin del siglo XX. Pero la maduración de Cueva también expresó el declive de un enfoque afectado por la definitiva extinción de los estadios pre-capitalistas.

El endogenismo ilustró la dinámica latinoamericana de la época colonial y clarificó la gravitación del atraso agrario en la era del imperialismo

clásico. Pero tuvo escasa gravitación para indagar lo ocurrido durante de posguerra y no tiene relevancia para comprender el actual período de dominio pleno del capitalismo.

En esta etapa se han disuelto todos los resabios de los modos de producción articulados en formaciones económicas diferenciadas. En el siglo XXI sólo pueden distinguirse modelos, variedades o patrones de acumulación del capitalismo vigente en cada país. Ninguno de esos esquemas mantiene resabios pre-capitalistas.

El endogenismo se debilitó con la extinción de esas rémoras en el sector agrario. El caso mexicano -tan observado por esa corriente -ilustra la reorganización radical de la vida rural bajo el patrón del agro-business, el fin de la auto-suficiencia, la sustitución de la vieja alimentación por las importaciones y la especialización en nuevos productos rentables.

Lo mismo se verifica en todas las economías andinas. El tipo de conflictos que genera esta transformación -desigualdad, éxodo rural, desposesión, lumpenización, narco-tráfico, informalidad laboral- es típico del capitalismo contemporáneo.

La propia definición endogenista del crecimiento como expansión del capitalismo explica su pérdida de significación. La consolidación de ese sistema quita utilidad a todas las observaciones precedentes sobre el desenvolvimiento insuficiente de ese modo de producción.

El declive endogenista también obedece a la pérdida de centralidad de las economías nacionales como consecuencia de la mundialización. Esa expansión recorta drásticamente todas las explicaciones del subdesarrollo en clave nacional (Chinchilla Norma; Dietz, James, 1981).

Esa referencia era primordial para explicar cómo se articulaban varios modos de producción en cierto espacio regional bajo la custodia del estado. Pero la gravitación de la economía global redujo primero y anuló después la autonomía de esos procesos (Barkin, David 1981). El avance de la internacionalización acrecienta drásticamente la primacía de los factores exógenos y explica la pérdida de interés en el endogenismo.

Pero ese declive colocó todos los interrogantes en el polo opuesto. ¿Qué ocurrió con los enfoques que enfatizan el condicionamiento externo como causa del atraso latinoamericano? ¿Cómo se relacionó la escuela del Sistema Mundial con la Teoría de la Dependencia? Abordaremos este tema en nuestro próximo artículo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Angotti, Thomas (1981). The political implications of Dependency Theory, *Latin American Perspectives*, vol 8, n 3-4, Jan.
- Bambirra, Vania (1978). *Teoría de la dependencia: una anti-crítica*, México: ERA.
- Barkin, David (1981). Internationalization of Capital: An Alternative Approach, *Latin American Perspectives*, Vol. 8, No. 3/4, Summer –Autumn.
- Blomstrom, Magnus; Hettne Bjorn (1990). *La teoría del desarrollo económico en transición*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Boron, Atilio (2008). Teorías de la dependencia, *Realidad Económica*, 238, Bugarelli, Luiz (2011). *Dependência e Revolução na América Latina: uma introdução ao debate de Agustín Cueva e Ruy Mauro Marini*, www.uff.br/nieparxmarxismo/.../AMC333F.pdf
- Chilcolte, Ronald (1981). Issues of Theory in Dependency and Marxism, *Latin American Perspectives*, vol 8, 3-4
- Chilcote, Ronald (1983). Teorías reformistas e revolucionarias de desenvolvimiento e subdesenvolvimiento, *Revista Economía Política Vol. 3, N 3, julio- setembro*.
- Chilcote, Ronald (1990). Post-Marxism: The Retreat from Class in Latin America, *Latin American Perspectives*, 17, (2).
- Chinchilla, Norma Stoltz; Dietz, James Lowell (1981). Toward a new understanding of development and underdevelopment, *Latin American Perspectives*, 8, (3-4).
- Cueva, Agustín (1973). *El desarrollo del capitalismo en América Latina*, Siglo XXI, México.
- Cueva, Agustín (1976). Problems and Perspectives of Dependency Theory, *Latin American Perspectives*, 3, (4).
- Cueva, Agustín (1977). Comentario, *Clases sociales y crisis política en América Latina*. México: Siglo XXI.

- Cueva, Agustín (1978). El uso del concepto de modo de producción en América Latina: algunos problemas teóricos, *Modos de producción en América Latina*. México: Ediciones de Cultura Popular.
- Cueva, Agustín (1979a). *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: Edicol,
- Cueva, Agustín (1979b). ¿Vigencia de la “anticrítica” o necesidad de autocrítica? respuesta a Theotonio Dos Santos y Vania Bambirra, *Teoría social y procesos políticos en América Latina*. México: UNAM.
- Cueva, Agustín (1982). Cultura, Clase y Nación, *Cuadernos Políticos*, no 20, ERA, México.
- Cueva, Agustín (1986). Entrevista: Ciencias sociales y marxismo hoy, *Sociológica*, UAM, 1, (1).
- Cueva, Agustín (1988). Prólogo a la edición ecuatoriana, *Teoría social y procesos políticos en América Latina*, Ecuador: Línea Crítica.
- Cueva, Agustín (2007). El marxismo latinoamericano: historia y problemas actuales, *Entre la ira y la esperanza*. Buenos Aires: CLACSO-Prometeo.
- Cueva, Agustín (2012). *Las interpretaciones de la democracia en América Latina. Algunos problemas, Ensayos Sociológicos y Políticos*. Quito: Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.
- Domingues, José Mauricio (2012). *Desarrollo, periferia y semiperiferia en la tercera fase de la modernidad global*. Buenos Aires: CLACSO.
- Dos Santos, Theotonio (1978). *Imperialismo y dependencia*. México: Era.
- Dos Santos Theotonio (2009). *Bendita Crisis, socialismo y democracia en el Chile de Allende*. Caracas: El Perro y la Rana.
- Dos Santos, Theotonio; Bambirra, Vania (1980). *La estrategia y la táctica socialistas de Marx y Engels a Lenin*. México: ERA.
- Fernández Raúl A; Ocampo José F (1974). *The Latin American Revolution: A theory of imperialism, not dependence, Latin American Perspectives*, 1, (1).
- Frank, André Gunder (1970). *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Frank, André Gunder (2005). Celso Furtado y la teoría de la dependencia, *Revista Memoria*, 150, México.
- Gandásegui, Marco A (2009). Vigencia e debate en torno da teoría da dependencia. A América Latina e os desafios da globalização, Rio de Janeiro: Boitempo.
- Henfrey, Colin (1981). Dependency, modos of production and class analysis of Latin

- America, *Latin American Perspectives*, 8, (3-4)
- Howard, M.C; King, J. E. (1989). *A History of Marxian Economics*, 2, Princeton University Press.
- Husson, Michel (2001). L' école de la Régulation de Marx a la fondation Saint Simon: un aller sans retour?, Bidet Jacques, Kouvélakis Eustache, *Dictionnaire Marx contemporaine*, Puf, Paris.
- Johnson, Dale L (1981). Economism and determinism in Dependency Theory, *Latin American Perspectives*, 8, (3-4)
- Katz, Claudio (2016). El surgimiento de las teorías de la dependencia, 26/7, www.rebellion
- Kaye, Harvey J (1989). *Los historiadores marxistas británicos*. Zaragoza: Universidad de Zaragoza.
- Lipietz, Alain (1992). *Espejismos y milagros: problemas de la industrialización en el Tercer Mundo*. Bogotá: Editores Tercer Mundo.
- López Hernández Roberto (2005) La dependencia a debate, *Latinoamérica*, 40.
- Marini, Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: Era.
- Marini, Ruy Mauro (1976a). La pequeña-burguesía y el problema del poder. *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*. México: Era
- Marini, Ruy, Mauro (1976b). Dos estrategias en el proceso chileno. *El reformismo y la contrarrevolución. Estudios sobre Chile*. Era, México.
- Marini, Ruy Mauro (1991). *Memoria*, www.marini-escritos.unam.mx/001.
- Marini, Ruy Mauro (1993). *La crisis teórica, América Latina: integración y democracia*. Editorial. Caracas: Nueva Sociedad.
- Martins, Carlos Eduardo (2009). *André Gunder Frank: el intelectual insurgente, C y E*, Año I N° 2 Primer Semestre, bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/secret/
- Moreano, Alejandro (2007). Agustín Cueva hoy, *Entre la ira y la esperanza*. Buenos Aires: Prometeo.
- Munck, Ronaldo (1981). Imperialism and dependency: recent debates and old dead ends, *Latin American Perspectives*, 8, (3-4)
- Osorio, Jaime, (2009). *Explotación redobla-da y actualidad de la revolución*. México: ITACA, UAM.
- Osorio, Jaime (2012). Padrao de reproducao do capital: una proposta teórica, *Padrão de reprodução do capital*. Sao Paulo: Boitempo.
- Prado, Maria Lígia Coelho (1992). A trajetória de Agustín Cueva, *Estudos Avancados*, 6, (16).
- Salama, Pierre. *El proceso de subdesarrollo*. México: Era

Tinajero, Fernando (2012). Agustín Cueva o la lucidez apasionada, *Agustín Cueva Ensayos Sociológicos y Políticos*. Quito: Ministerio de Coordinación de la Política y Gobiernos Autónomos Descentralizados.

Vitale, Luis (1981). Los períodos de transición en la historia económica y social de América Latina, *Seminario de Historia de Latinoamérica*, http://mazinger.sisib.uchile.cl/repositorio/lb/filosofia_y_humanidades/vitale/obras/sys/dth/d.pdf



Boletín del Grupo de Trabajo
Herencias y perspectivas del marxismo

Número **25** · Junio 2022